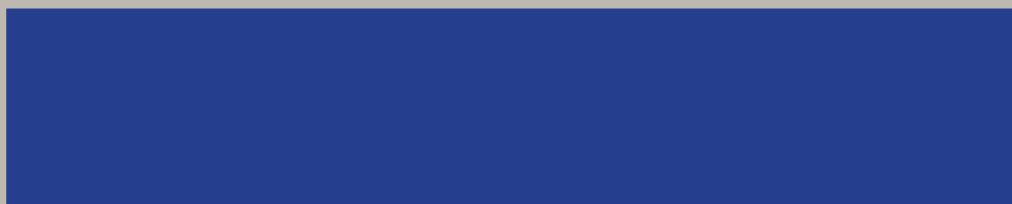




LA UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
DE NUEVO LEÓN
Y SUS RECTORES



LA UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
NUEVO LEÓN
Y SUS RECTORES



LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN Y SUS RECTORES

EDMUNDO DERBEZ GARCÍA
TEXTOS

ARMANDO LÓPEZ
DIBUJOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Monterrey, México, 2018

Primera edición, 2018

La Universidad Autónoma de Nuevo León y sus rectores / Edmundo Derbez García (comp.) Monterrey, Nuevo León: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2018. 94 páginas; 34 cm (Libros UANL)

ISBN: 978-607-27-0937-9

1. Universidad Autónoma de Nuevo León – Rectores - Biografía. 2. Educación superior - Nuevo León – Historia. I. Derbez García, Edmundo, coordinador.

Clasif. L.C.: LE7.N82 U59 2018

Clasif. Dewey: 378.972 U58 2018

Rogelio Garza Rivera
Rector

Carmen del Rosario de la Fuente García
Secretaria General

Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas
Director de Editorial Universitaria

Humberto Salazar Herrera
Director de Humanidades e Historia

Edmundo Derbez García
Coordinador del Centro de Documentación y Archivo Histórico de la UANL

© Universidad Autónoma de Nuevo León

Documentación: Susana Acosta Badillo, Erika Escalona Ontiveros y Myrna Guadalupe Gutiérrez Gómez

Padre Mier 909 pte. esquina con Vallarta, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000.
Teléfono: (5281) 8329 4111 / e-mail: editorial.uanl@uanl.mx / www.editorialuniversitaria.uanl.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sin el permiso escrito por el editor.

Impreso en Monterrey, Nuevo León, México
Made in Monterrey, Nuevo Leon, Mexico



“... La cultura quiere alumbrar por igual a todos los hombres y este todos-los-hombres lleva en sí el postulado político. Oigan los que saben oír, hagan los que saben hacer: la cultura debe ser popular, y nadie tuerza mis palabras ni piense que he dicho demagógica. He aquí al abrir sus puertas la Universidad de Nuevo León, el voto que ofrezco a mis paisanos, sin más título que el de ser el más modesto industrial nacido a los pies del Cerro de la Silla: aquel que sólo produce y elabora, en pequeña escala, unas cuantas palabras. Eso sí: palabras sinceras.”

ALFONSO REYES,

Petrópolis, 6 de enero de 1933

(de *Voto por la Universidad del Norte*)

Mensaje del rector

DECÍA EL ILUSTRE universitario don Raúl Rangel Frías sobre el cargo que iba a ejercer como rector de la Universidad de Nuevo León, que su propósito no era mandar, sino servir, y cito: “No seré autoridad, sólo soy instrumento al servicio de la buena marcha de cada una de las dependencias de esta Institución; simple coordinador de afanes y buenos propósitos de estudiantes, profesores y directores”. Las palabras de Rangel Frías, pronunciadas en 1949, mantienen su vigencia y siguen definiendo con absoluta claridad la actitud que la investidura de rector nos marca a quien ostentamos tan honrosa y privilegiada designación. Yo mismo lo expresé al asumir la alta responsabilidad como rector de nuestra Máxima Casa de Estudios en 2016: este no es un trabajo de una persona, sino de toda la comunidad universitaria, en unidad, con visión, compromiso y pasión por consolidar a la UANL como una gran Universidad, plural, equitativa e incluyente, innovadora y transformadora, socialmente responsable y de clase mundial.

La figura de rector aparece desde las más antiguas legislaciones y estatutos universitarios. Al paso de los siglos, al rector se le han confiado asuntos de toda índole, desde jurisdicción académica hasta económico-administrativa. La vigente Ley Orgánica de la UANL establece en su artículo 26 que “el rector es el representante legal de la Universidad y será electo por la Junta de Gobierno”. Entre sus atribuciones está el velar por el cumplimiento de la Ley Orgánica, de sus reglamentos, de los planes y programas de trabajo y, en general, de las disposiciones y acuerdos que normen la estructura y el funcionamiento de la Universidad, de las escuelas, facultades e institutos que la formen.

A lo largo de estos 85 años de vida de la Máxima Casa de Estudios, 34 distinguidos y apasionados universitarios, incluyendo su servidor, han ocupado el puesto, algunos hasta en dos ocasiones distintas, unos por más de una década, otros por escasos días, hubo quien lo hizo en condiciones complejas, de conflictos y restricciones, otros en un clima de absoluta paz y armonía, pero todos, sin distinguir, ejercieron su responsabilidad con el deseo siempre de engrandecer a la Institución.

En las páginas de este libro, hermosamente editado, titulado *La Universidad Autónoma de Nuevo León y sus rectores*, las generaciones de hoy y del futuro podrán conocer a estas figuras para quienes ocupar el cargo fue el mayor honor y privilegio de sus vidas pero también la más grande de las responsabilidades, con los excelentes retratos de cada uno de ellos, elaborados por el pintor Armando López, distinguido universitario, quien les da rostro a estos personajes para que permanezcan vivos en nuestra memoria. Además, se acompañan con un breve apunte biográfico para conocer sus trayectorias y, especialmente, de un pensamiento que encierra, en términos generales, su concepción de la Universidad.

Como el lector podrá advertir, todos coincidimos en que la Máxima Casa de Estudios está llamada a transformar en lo particular, las vidas de las personas de todos los géneros, y en lo general, a la comunidad, al estado, a la región y al país como un factor esencial de su desarrollo social, económico y cultural. Siguiendo esa filosofía, la Universidad Autónoma de Nuevo León mantiene su compromiso como Institución pública y social que educa para transformar y se transforma para trascender.

Mtro. Rogelio G. Garza Rivera,
rector de la UANL



[Dibujo de Alfonso Reyes Aurrecoechea]

Palabras finales de un rector

Raúl Rangel Frías

MI JOVEN y eterna Universidad:

Yo debería haber llegado a estos patios pertrechado con mis mejores armas de retórica y de claro pensamiento. Debería haber previsto que la emoción derrumbaría mis palabras al pisar de nuevo los corredores del Colegio Civil, a donde en años remotos lleno de fe y de esperanza, conmovido y respetuoso, llegué a sus puertas para iniciar mis estudios de enseñanza superior.

Nada iguala la emoción que he sentido hoy al verme de nuevo frente a las tradiciones y a los venerables maestros de esta Casa, que guarda los recuerdos y las inquietudes del adolescente y donde encarnan tantos bellos ideales. He preferido, sin embargo, exponerme a una emoción que brota sin artificio, surgida de la vivencia que tenemos los universitarios y yo de esta obra en común. He preferido que mi pensamiento surja de una intención directa ante los hechos, no elaborada de antemano; y que reproduzca la virtud de aquella inserción de mí mismo en la superior voz de las generaciones todavía vivas en las aulas, patios, muros y bardas añosas del ilustre Colegio que es hoy la Universidad de Nuevo León. Voz unánime, múltiple, clamorosa, que recoge los afanes de la convivencia escolar que aspira el aliento de la juventud cual nueva savia que trepa por las ramas de la vida.

Que en cierta forma haya podido yo obtener éxitos y ganar prestigio para nuestra Casa, es obra de esa fuerza que me poseía y que representa la comunión en el afán de la juventud generosa de mi estado; la misma que me proporciona la devoción de los maestros de mi Casa; la que procedía de la seguridad que a través de maestros y de juventud, mi vida y mi voz serían simple y sencillamente pueblo, vida y voz de México.

Fue ese mismo impulso que me hizo acudir a las aulas de esta Casa y que me ponía trémulo al reconocer desde entonces la cita con una vida superior de destino, a la cual me he rendido y me he humillado respetuoso de la ley espiritual suprema que gobierna a los hombres y a las comunidades. Quizá no haya habido un joven en el pasado, ni un hombre en el presente con menos facultades personales por las cuales reclamar derechos y servir con más devoción sus propias obligaciones. Seguro estaba entonces, como estoy cierto el día de hoy, que por encima de las debilidades y de las potencias de los hombres gobierna una dirección y un sentido espiritual de los acontecimientos, certeza a la que ayer se rindieron mis facultades, las potencias mismas de mi ser para entregarme como lo hago hoy al nuevo curso de la vida que me pone al servicio de la Patria.

Ayer de estudiante –gloriosos días aquellos de la vida juvenil– como lo declaro con satisfacción en los patios de la vieja escuela que guarda mis recuerdos juveniles, tuve el orgullo y la satisfacción de haber presidido la Sociedad de Alumnos del Colegio Civil del Estado, como años después los destinos de la Federación de Estudiantes de Nuevo León.

Más tarde, en épocas agitadas y conmovidas de mi Universidad, la de aquí y la de allá, la misma, la de todos los mexicanos, presté mi esfuerzo, mi pensamiento y mis palabras a movimientos estudiantiles que representaban la verdad de una protesta juvenil. Llegué alguna vez, con legítimo orgullo, a ejercer de consejero estudiantil por la Facultad de Derecho en el Consejo Universitario de la Nacional Autónoma de México; y serví también una cátedra en la Casa Mayor Universitaria de nuestro país.

Cuando hube de emprender por el mismo sentido de los acontecimientos y el mismo rumbo de la historia que se impone a los hombres, el camino de regreso a mi hogar, a la ciudad amada, cuando estuve de nuevo en Monterrey de mis años adolescentes llenos de ensueño y de cariño; entonces, otra vez la misma voz, la vieja voz, la eterna voz colectiva de pueblo que me guía, enderezó mis pasos por los senderos de la Universidad de Nuevo León. Me puso aquí y allá; en la Facultad de Derecho, en la Escuela Nocturna de Bachilleres, en el Departamento de Acción Social Universitaria; y luego, con qué palabras difíciles pronuncio: en la Rectoría de la Universidad de Nuevo León. Con qué palabras difíciles, casi llenas de dolor, escucho hoy que se llama ex rector de la Universidad de Nuevo León, palabras que yo no había creído que pudiera soportar, que parecen cortar de tajo todo el pasado frente a todo el porvenir, palabras que señalan un vacío y un hueco; que me resultan de una íntima pena en este sitio, que guarda junto a los viejos recuerdos, las esperanzas, la simpatía, los anhelos de un rector que no quiso ser entre los estudiantes sino uno más, el adelantado de todos ellos y entre los maestros sino uno menos, aquel que tenía la obligación de servirles.

En esta cuadrícula de nuestro viejo patio del Colegio Civil del Estado, he venido a pronunciar mis palabras de despedida; se dice despedida con fácil naturalidad; ¿podré yo despedirme de la Universidad de Nuevo León? ¿Podrá ser cierto que en esta noche yo haya venido a despedirme de esta juventud generosa, de estos maestros abnegados, de esta Casa que es mi vida? En medio de esta noche magnífica mienten las estrellas si responden que yo me voy a despedir de la Universidad de Nuevo León. Podrá existir en términos generales, una distancia, podrá en el tiempo establecerse un cierto olvido; pero hay en la esencia misma de la vida cosas eternas y definitivas y con esas cosas eternas y definitivas yo estoy solemnemente enlazado. Y esto que declaro hoy es la confesión del estudiante de ayer, del incipiente maestro de apenas hace poco y del rector que fue vuestro amigo, enlazado en forma tal a su propia Casa, que sólo destruyéndose su vida podría derrumbarse su fe y su esperanza en la universidad...

La convicción de un hombre puede llegar a quebrarse, los propósitos de un día pueden sufrir un giro nuevo en presencia de otros acontecimientos, pero para aquellos que desde la juventud y aun antes desde la adolescencia, hemos obedecido aquellas voces que obligan la vida, voces del destino, que se dejan escuchar como sucede al hombre de campo a distancias formidables con el paso ligero por la campiña, pegado el oído en la tierra, las voces de la sangre y del espíritu de pueblo no pueden ser cambiadas jamás. A esas voces —destino que me ha llamado inexorablemente por encima de mis potencias y de mis debilidades a entregarme a causas superiores, en forma permanente y definitiva—, a esas voces, que no se les puede traicionar ni hay fuerza capaz de quebrarlas en ningún instante, estuve entregado. Estoy y estaré siempre entregado a esa corriente poderosa. A esa savia fecundada que viene desde las más hondas raíces de mi pueblo. Porque he creído en ellas por lo que he creído en la universidad.

Si yo pensara que la Universidad de Nuevo León es tan sólo un conjunto de recursos adjetivos, de procedimientos técnicos, de medios para adiestrar a los hombres, no tendría esta pasión; no hubiera podido entregarme a ella en la forma devota y humil-



de en que lo he hecho. Siempre he considerado que el tesoro más preciado, la misión verdadera de la institución universitaria consiste en proveer a los hombres de un sentido de la vida, antes que de unas armas con las cuales realizar provechos propios y ajenos. Siempre he creído que la cultura, en la cual está el aliento de la misión universitaria es una corriente, un espíritu, una fuerza que presta alma a los procedimientos técnicos, a los medios de adiestramiento, a las capacidades, a que provee también la universidad, pero frente a las cuales recoge y conserva su substancia de humanidad.

Por valiosos y necesarios como lo son y debemos declarar que lo son positivamente, todos los procedimientos de la técnica derivados de cultivo de la ciencia, todos los medios de adiestramiento personal y colectivo, la universidad representa algo más, algo más allá siempre y en cada momento de esa perfección. Representa, en primer lugar, ¡ay de la universidad que olvide esto! Representa la carne misma de la palabra como esencia moral del hombre, como vaso y ofrenda de la inteligencia de la emoción y de la libertad.

Aunque pueda quedar comprometida en turbias empresas, es siempre la expresión y el espejo humano, palabra, voz, lenguaje, que no hemos fabricado los hombres del día de hoy, que la recogemos tras de un largo esfuerzo humano; y representa el triunfo del hombre –aspiración a lo infinito y negación de la naturaleza en la historia de la libertad– del hombre que mediante la palabra fue capaz de inventar la filosofía y la ciencia.

La palabra, que en otros giros de la historia ha tenido capacidad de transportar la llama inflamada de las libertades públicas, sangre que malgastamos día a día en oficios y menesteres de índole ordinaria, pero que conserva y engrandece el poeta y el hombre de letras y que es el alma del aula, de la expresión humana, de la transmisión y grandeza de nuestros conocimientos, virtud de la enseñanza, íntegra desde las primeras letras hasta la última instancia de la educación superior.

A la palabra, que debemos respetar como uno de los vasos sagrados que llevan de generación en generación los hombres, donde se vierten las voces de la filosofía y de la ciencia, desde la tradición griega hasta el presente, se deben consagrar los esfuerzos más sólidos de nuestro espíritu por su perfeccionamiento y, encima de todo, por su verdad.

La palabra misma, sin embargo, puede ser pervertida en oficios retóricos y adulterados por la técnica o empobrecida por intenciones que llevan consigo la pérdida de la condición humana. Si debe servir y dirigir la auténtica cultura humana, como encarnación de la historia y de los esfuerzos de la ciencia, del pensamiento filosófico y de la técnica, ella misma se subordina a los valores más altos de la verdad y de la libertad.

La cultura en que se representa todo esfuerzo humano es un modo sustantivo de la vida, una incorporación de ser mismo y no sólo lujo u ornato de espíritu; y en nuestra Patria, particularmente, es algo más: pan y vida de los hombres. Verdadera cultura es fundamentalmente aquello que la acepción de término indica, el cuidado, la elevación y el perfeccionamiento del ser humano; y comienza por entender que sin las básicas funciones de la economía y de los procesos sociales, sin la más elemental simpatía por la vida que crece, no puede aspirar a representar con palabras engañosas un sentido contrario de aquel que se constituye precisamente por esas situaciones fundamentales.

La universidad que es palabra y cultura, debe reconocer por encima de todo que es la verdad y la libertad de esa cultura; pan nutritivo, en efecto y no simple retórica vana; último tramo en el que se cierra el ciclo vital que comienza por el cultivo de

los campos y termina por la enseñanza de las letras, verdad y libertad como vida de nuestro pueblo.

Significa la cultura algo más que el conocimiento cuidadoso y detallado de la historia, de la organización de la materia o de la vida. Consiste en la transmisión de la sangre y el espíritu, en la concesión de unas generaciones a otras, de fuerza, de capacidad para seguir actuando. No puede ignorar las adversidades, los dolores, los sacrificios colectivos con los cuales está hecha, con los cuales está construido el último piso del pensamiento humano. Es espíritu, solidaria y profundamente responsable de las raíces de que se nutre, que consisten de sufrimiento, hambre, pena y lucha, lucha en que las palabras abandonan a los hombres. ¡Qué espectáculo lleno de advertencias para los intelectuales de México, ver a nuestros campesinos abandonados de palabras! No tienen riqueza de la retórica pero a ellos debemos fundamentalmente el caudal de que disfrutamos, la vieja cultura clásica de nuestro recreo.

No olvidemos nunca la lección de la historia y del presente; la lección de culturas desarraigadas que acaban por morir, entristecidas por la falta de una savia que venga desde abajo, cortadas del aliento vital que les proporciona volver a la tierra el grano fecundo que los campos han logrado alzar entre los surcos para beneficio de los hombres. No olvidemos, mi Universidad, la responsabilidad que tenemos con nuestro país, ante nuestra Patria. No olvidemos que podemos representar flor de un instante, fragancia momentánea, si no llevamos nuestra palabra, nuestra verdad, nuestra vida, en obligado regreso de fecundación a esa corriente subterránea, a esa savia que alimenta y que lleva hasta lo más delicado de follaje su mensaje de nutrición y de belleza.

No olvidemos, mi Universidad, mantenernos en contacto y adheridos a los problemas sociales, a las adversidades de nuestro campo, a los sacrificios de nuestros obreros, a las dificultades de nuestra clase media. No olvidemos que la juventud nos proporciona a nosotros los maestros el sentido y el rumbo de la historia; y que si tenemos la obligación de poner en sus manos las letras, el pensamiento y la ciencia, la propia juventud tiene el mensaje que debe fecundar esas letras, para que entre unos y otros podamos integrar la verdad fecunda, la verdad completa, la verdad auténtica. Una verdad que no sea el provecho ni el patrimonio de unos o de otros, que sea capaz de cobijarnos entre esperanzas y derrotas como esta bóveda inmensa de la noche en que se anuncian los luceros del alba.

Al decir estas palabras como mi mensaje final, quiero que representen el íntimo sentimiento de un hombre que no se despide de la Universidad; que se aleja, pero que estará ahí a cierta distancia y en momento diferente, presente en la responsabilidad que asume hoy, que no es sino la continuación de la responsabilidad anterior; un hombre que no encuentra distancias, tiempos y mucho menos vacíos entre su vida de estudiante, de maestro, director y la responsabilidad que como ciudadano tiene la obligación de ejercer el día de hoy. Que si ha habido alguna verdad en sus palabras, es porque esas palabras han estado forjadas en el contraste de la resistencia y del ímpetu dentro de la comunidad universitaria; que tiene la más profunda fe en la Universidad de Nuevo León, no como institución particular sino como aquel sitio donde se escucha la voz clamorosa, unánime y múltiple de su pueblo; de un hombre que ahí, en esa universidad, sintió los pasos de un destino que le reclamaba entregarse al servicio de su pueblo y que para entregarse a ese servicio comenzó por hacerlo a favor de la juventud, tratando de ser adelantado y compañero de ella y el servidor de sus maestros.

Este hombre que no se despide hoy, ni mañana ni nunca, porque tiene el derecho y



lo reclama desde hoy para siempre, desde la puerta de entrada hasta la última barda de este patio, de repetir sus pasos de universitario y pasar y luchar por su Casa, este hombre considera que tal privilegio se lo ha ganado y nadie se lo puede quitar, por sus años juveniles, por sus horas de maestro y finalmente porque se lo ha impuesto la adhesión, el afecto y la simpatía que los universitarios le brindaron cuando fue su rector.

¿Acaso es distinto haber sido el rector de la Universidad, que ser uno de los estudiantes de la misma, uno de sus maestros o cualquiera de sus funcionarios? Mi Universidad va conmigo, ella no me dejará. Hay vocaciones que el hombre no puede dejar y la mía más limpia y transparente ha sido la de maestro. Ese patrimonio, ninguno de los azares de la vida puede arrebátarmelo; por ello, aquí junto a vosotros os pido que me acompañéis en el sentimiento de un hombre que no puede decir la palabra final de despedida. Para él, la universidad es como una dimensión de su vida espiritual. Cuando este hombre triunfe o fracase no reclamará ningún otro derecho, otra gratitud, que se le reconozca como un leal y antiguo alumno del Colegio Civil.

(Discurso pronunciado por Raúl Rangel Frías en los patios del Colegio Civil la noche de 17 de abril de 1955, con motivo de la cena de despedida que le hizo la Universidad al separarse del cargo de rector para iniciar su campaña a la gubernatura del estado de Nuevo León.)

Armas y Letras, Núm. 5, año XII, Monterrey, mayo de 1955.



[*Dibujo de Luis Chessal*]

Universidad, jóvenes y maestros

José Alvarado

LOS JÓVENES CUYA presencia llena aulas y prados en la Ciudad Universitaria, desde el lunes, ¿son iguales a quienes, hace treinta años abandonamos el claustro, concluida una carrera? Hay varias semejanzas: la inconformidad con el mundo, la polémica con la generación anterior; la esperanza de iniciar una época y la ilusión de inaugurar un estilo de vida también. También la prisa por vivir, el afán de conocimiento y la religión de la libertad.

Pero hay diferencia; para nosotros la Revolución Mexicana era joven, como el ser de cada uno, y si la realidad del planeta era confusa, irracional y dramática, ofrecía, en cambio, una posible imagen futura cercana a la utopía. La gran revolución tecnológica, presente ya, no daba aún los enormes pasos de hoy. Nadie adivinaba la bomba atómica y sólo se presentía vagamente la conquista del espacio. la rebelión de los pueblos coloniales era un sueño; Asia dormía bajo la sumisión occidental y la disputa por el mundo se localizaba en Europa.

Entonces se desarrollaba la guerra en España; ahora en Vietnam. Mas han sido distintas las causas y las perspectivas de uno y otro conflicto y, aunque más lejano, Vietnam es peor que España y la escena del globo, más patética hoy, no promete el dibujo claro del porvenir. Los jóvenes de hoy han crecido en la era nuclear y bajo el riesgo del desastre atómico. A ello, tal vez, se debe su áspera rebelión a todas las formas y su peculiar expresión vital en el lenguaje, el amor, la música, el baile, la relación y el traje. Buscan la soledad sobre la comunión y, en los más agudos casos, llegan al ensimismamiento del LSD o el tropel solitario en las pandillas.

¿Tienen, acaso, la culpa? ¿Es, siquiera, culpa? No es una casualidad la ausencia del sucesor de Antonio Caso en la universidad, ni la falta de líderes como Alejandro Gómez Arias o Salvador Azuela. Si Caso reviviera, enseñaría hoy lógica matemática o psicoanálisis y si Azuela o Gómez Arias tornaran a la juventud no aludirían a Unamuno ni a Max Scheller. Otro es el lenguaje de los jóvenes actuales y si nosotros seguimos, por fortuna, a José Vasconcelos en 1929, ellos entenderían hoy su idioma, también por fortuna.

Nosotros encontramos joven a la Revolución, ellos la ven vieja, despojada de centauros, leyenda, héroes y martirio, sin relámpagos ni gallardía y, por el contrario, algunos beneficiarios con exceso de cinismo y entusiasmo. Otro es su punto de vista y otros sus motivos de crítica; distintos sus estímulos y sus ilusiones diversas. No es una desgracia ni una degeneración, sino todo lo contrario. En todo caso es un hecho irreversible.

Hace falta, se dice, una nueva mística. Pero, ¿dónde están los santos? Es preciso, se reitera, una profunda lección de ética en labios de un gran maestro, mas se olvida la circunstancia: los jóvenes se enseñan ética y estética a sí mismos en su rebeldía

contra la falsedad, la simulación, la opulencia inmerecida y la cursilería. No necesitan prédicas de moral; quieren verdades claras sobre el mundo, la existencia, la política y la técnica; rechazan la confusión del verbalismo con las humanidades y la beatería de la ciencia.

Conocen, además, su condición: ser universitario es una función pública y ello implica deberes y derechos políticos.

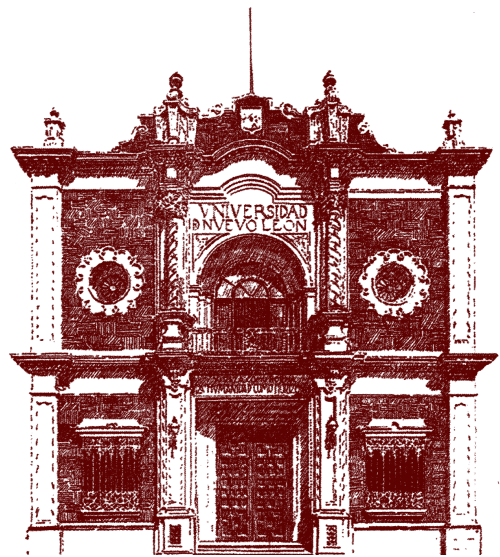
Y un nuevo tipo de joven demanda un nuevo tipo de maestro y una nueva clase de universidad. Las escuelas superiores no debe ser, hoy, para imponer a los muchachos las normas y las hipótesis de la generación precedente, sino para ayudarlos a buscar las suyas propias y a formularlas. No es misión del maestro la del disciplinario espiritual, sino la del promotor.

Se ha pretendido, por un lado, la despolitización estudiantil: adormecer a los alumnos con los datos escuetos, exclusivamente, de un conocimiento especializado. Y, por el otro, la corrupción política: el salario de la ambición precoz, a cambio de solidaridad inmediata a causas transitorias y menores. Dos errores o, si se mira bien, dos crímenes cuyas consecuencias se advierten en lamentables tumultos de minorías, lesivos a todo el proceso universitario. No están muy lejanas las muestras, ni se apagan del todos los rescoldos.

La tarea del maestro no es torcer los deberes políticos de los jóvenes, ni abatir sus derechos, sino de entenderlos y respetarlos. También los maestros tienen obligaciones y responsabilidades políticas ante los alumnos. Entre éstas cuenta mucho de la de enseñarlos a distinguir entre la política, actividad de la emoción y la razón, a la de la politiquería, desahogo del instinto. Es una pamplina lo de la universidad al margen de la política; pero es una miseria meter a los jóvenes en disputas mezquinas de facciones.

Excelsior, “Intenciones y Crónicas”, México, D.F., 15 de febrero de 1967.





Los rectores



Pedro de Alba

[5 de septiembre - 20 de diciembre de 1933]

(San Juan de los Lagos, Jalisco, 1887). Cursó su bachillerato en el Instituto de Ciencias de Aguascalientes en 1903, y en el Instituto de Ciencias en 1905, del que después sería director. En esa ciudad conoció al poeta Ramón López Velarde y al pintor Saturnino Herrán, con quienes entabló relaciones entrañables de amistad. Ingresó a la Escuela Médico Militar en la Ciudad de México, en donde obtuvo el título de médico cirujano y el grado de mayor del ejército en 1913. Durante la Revolución fue destacado en Zacatecas, Torreón y Veracruz, en donde su práctica médica la consagró a la atención de los pobres. Fue diputado al Congreso de la Unión de 1917 a 1920, y dos veces senador de la República por el Estado de Aguascalientes de 1920 a 1922, y de 1952 a 1957. Ahí realizó una destacada labor en las comisiones de Educación y Relaciones Exteriores. Por su clara vocación para el magisterio, fue nombrado director de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional en 1927. En 1929, año de la gran huelga universitaria por la autonomía, le correspondió reorganizar la Escuela Nacional Preparatoria. Fue al finalizar esta tarea que la Secretaría de Educación Pública lo comisionó en 1933 para coadyuvar a la creación y organización de la Universidad de Nuevo León, en la que dejó la impronta de su limpio humanismo y carácter a su breve paso como rector. Su labor diplomática lo llevó a representar al país ante foros y organismos internacionales. Fue subdirector y director de la Unión Panamericana en Washington, embajador de México en Chile y delegado ante la UNESCO en París. Murió en París en 1960. Entre sus publicaciones se encuentran: *Fray Bartolomé de las Casas, padre de los indios*, *Educación y democracia* y *La España nuestra*.

La Universidad será un punto de convergencia para que se acojan en sus aulas los elementos provenientes de todos los sectores de la actividad y del pensamiento; sin distingos de categorías o privilegios desprendidos de la posición económica o de arbitrarias clasificaciones. [...] Insistimos en las tareas de alcance popular y en los propósitos de conocimiento superior, considerándolas como dos tendencias fundamentales para que se vea que la Universidad no debe propender exclusivamente hacia el campo trillado de la formación de profesionistas, de acuerdo con la vieja pauta de la profesiones liberales. Deberán tener su lugar desde luego; pero se procurará formar una nueva conciencia en los que se gradúen en las facultades o escuelas universitarias, que les permita vivir en atención constante hacia las urgentes necesidades de nuestro pueblo. Se procurará también formar hombres capacitados para ser buenos industriales, buenos hombres de negocio o expertos agricultores; obreros y obreras calificados con una mejor dotación de conocimientos y habilidades; pero todos ellos; tanto los profesionistas clásicos, como los hombres de empresa, como los obreros, habrán de tener el sello de hombres cultos y el criterio amplio, generoso y comprensivo, como resultado de la influencia de la Universidad. La Universidad habrá de consagrarse, pues a formar hombres en el más amplio sentido, con una conciencia humana bien definida.

De su texto "Para un ideario de la Universidad de Nuevo León", abril de 1933.



Héctor González

[21 de diciembre de 1933 - 15 de agosto de 1934]

(Monterrey, Nuevo León, 1882). Después de vivir su infancia en Cadereyta Jiménez, se trasladó a Monterrey para ingresar en 1898 al Colegio Civil, donde despertó su vocación literaria. Junto a Felipe Guerra Castro, Nemesio García Naranjo y Santiago Roel, fundó la Sociedad Científica y Literaria “José Eleuterio González”, y con el mismo grupo, ya estudiante de la Escuela de Leyes, la Sociedad “Renacimiento”, además de colaborar en la publicación literaria *El pobre Valbuena*.

Como pasante de Derecho fue escribiente del Juzgado Primero de Letras del ramo Civil y, titulado en 1906, juez menor de letras. Su vocación literaria lo llevó a ser redactor del semanario *Claro-Oscuro*, director del diario *El Noticiero*, del semanario *Zig-Zag* y del diario semioficial *La Opinión*. Por problemas políticos durante y después de la Revolución, peregrina por San Antonio, Mexicali, la ciudad de México y Ciudad Victoria. Radicado definitivamente en Monterrey a partir de 1926, ingresó como maestro del Colegio Civil y la Escuela de Leyes, de la que fue director de 1931 a 1933, cuando pasó a formar parte de la Comisión Organizadora de la Universidad de Nuevo León. Fue electo por el Consejo Universitario como primer rector de la Universidad de Nuevo León el 17 de diciembre de 1933, cargo que ocupó hasta septiembre de 1934. Escribió una obra fundamental para abordar el estudio de la literatura en esta región de México: *Siglo y medio de cultura nuevoleonense*, editada por primera ocasión en 1946. Falleció en 1948.

La Universidad lleva esta triple finalidad: creación de la alta cultura, formación de individuos capaces para todas las actividades y ocupaciones sociales, y estudio del medio en que actúa, con el fin de aplicar tanto la cultura como las capacidades de los individuos que prepara, en beneficio del organismo social en que vive. Uno de los fines de la Universidad debe ser el estudio del medio en que actúa, como objeto de aplicar, tanto la cultura que forma como los individuos que prepara, en beneficio de la colectividad de que procede. El hecho de formar o preparar hombres para desempeñar esta función, ha sido y será siempre labor de importancia.

De su artículo “Lo que es y lo que debe ser la Universidad” en *El Porvenir*, Monterrey, 1 de marzo de 1933.



Ángel Martínez Villarreal

[16 de agosto de 1934 - 4 de octubre de 1935]

(Nadadores, Coahuila, 1904). A los 11 años de edad se trasladó a Monterrey para continuar sus estudios en el Colegio “Morelos” y en 1915 ingresó al Colegio Civil del Estado. Hizo sus estudios profesionales en la Escuela de Medicina de 1921 a 1926, en los que destacó como alumno brillante. Posteriormente realizó sus estudios de posgrado en Ginecología en la Universidad de París, de donde regresó en 1931 para ocupar la dirección del antiguo Hospital “Doctor José Eleuterio González”. Fue reconocido como uno de los grandes cirujanos mexicanos y consagró su profesión al servicio generoso de los más necesitados. Hombre de ideas avanzadas, fundó una clínica para trabajadores en donde dio cauce a la unión de la práctica y el estudio de sus jóvenes discípulos de la Facultad de Medicina, a quienes enseñó el ejercicio y los deberes de su profesión. Por su preparación profesional, su magisterio y su consagración a la Universidad de Nuevo León, fue nombrado rector de la misma en 1934, con la encomienda de llevar adelante los postulados de la educación socialista surgida en esa época. En 1935 presidió la Comisión Organizadora de la Universidad Socialista y el Consejo de Cultura Superior. De 1943 a 1945 fue director de la Facultad de Medicina de la Universidad de Nuevo León, en donde impulsó y desarrolló el criterio de la enseñanza médica para la realización del hospital-escuela. Su muerte, acaecida el 5 de enero de 1945, generó una sentida manifestación de duelo popular.

Sin desconocer que uno de los atributos de mayor virtud orgánica de la Universidad es el de su amplitud de preparación, de estudio, de exposición, de análisis, de crítica, su fisonomía propia debe consistir en el hecho de incorporarla a nuestra estructura ético social que reclama nuestra cultura [...] para que puedan caber todas las ansias de estudio, todos los anhelos del saber, todas las justas ambiciones de superación que bullen en multitud de necesitados, de urgidos. De ella no debemos esperar que surjan elementos únicamente técnicos, ceñidos a una preparación exclusivamente unilateral, sino productos o individualidades de conocimientos y multiplicidad de aptitudes, sin que esta diversidad desvíe al universitario de la obligación de servir en forma ordenada las más inmediatas exigencias del medio dentro de su especialidad. [...] La vida universitaria demanda una actitud en inconfundible consonancia con las exigencias sociales prevalecientes en sus distintos y múltiples aspectos de inmediata urgencia y utilidad colectiva.

De su discurso de toma de protesta como rector, el 16 de agosto de 1934.



Gregorio Morales Sánchez

[4 de noviembre de 1935 - 30 de abril de 1936]

(Salinas Victoria, Nuevo León, 1885). Profesor y militar. Realizó estudios normalistas y ejerció su profesión en la Escuela Normal de Nuevo León. Se incorporó durante la Revolución al carrancismo y participó en acciones de armas, como las tomas de Matamoros y Monterrey. Fue diputado al Congreso Constituyente de Nuevo León de 1916 a 1917, y designado jefe del Batallón 52 que combatió la insurrección del general Escobar en 1929. Fue designado gobernador provisional del Estado por el Tribunal Superior de Justicia, tras la anulación de las elecciones de 1935. Fiel a los mandatos del cardenismo, como el de una educación gratuita, a los pocos meses de asumir la gubernatura, el 4 de octubre de 1935, se hizo cargo de la presidencia del Consejo de Cultura Superior. Durante su corto periodo, la institución cubrió una creciente demanda educativa de jóvenes, trabajadores, obreros y servidores públicos, y trató de darle un nuevo plan administrativo de impactos menores sobre el erario estatal ante la estrechez de recursos. En 1940 ascendió a general de brigada y luego fue designado gobernador y comandante militar en Baja California. Regresó a Nuevo León, donde fue director de la Escuela “Hijos del Ejército”. Falleció en 1962 en la Ciudad de México.

En el diario *El Porvenir*:

Hoy (hace un mes) que me hice cargo del Gobierno Provisional del estado, y el problema que durante el tiempo transcurrido, más ha ocupado mi atención, ha sido, sin duda, al relacionado con la educación universitaria, pues he venido a encontrar en profesores y en alumnos, profundas diferencias que no tienen un origen ideológico, sino que son el producto de la apasionada lucha política por la que atravesó el Estado últimamente. (...)

Me propongo también el fiel cumplimiento del Artículo Tercero constitucional, no para que sirva de arma de combate, sino para que venga a realizar el noble impulso que le dio vida, excluyendo de la juventud estudiantil toda doctrina religiosa, combatiendo el fanatismo y los prejuicios y creando en aquella un concepto racional y exacto del universo y de la vida social.

“Asumió la presidencia del Consejo de Cultura el Sr. General Morales Sánchez”, *El Porvenir*, Monterrey, 5 de noviembre de 1935, p. 4



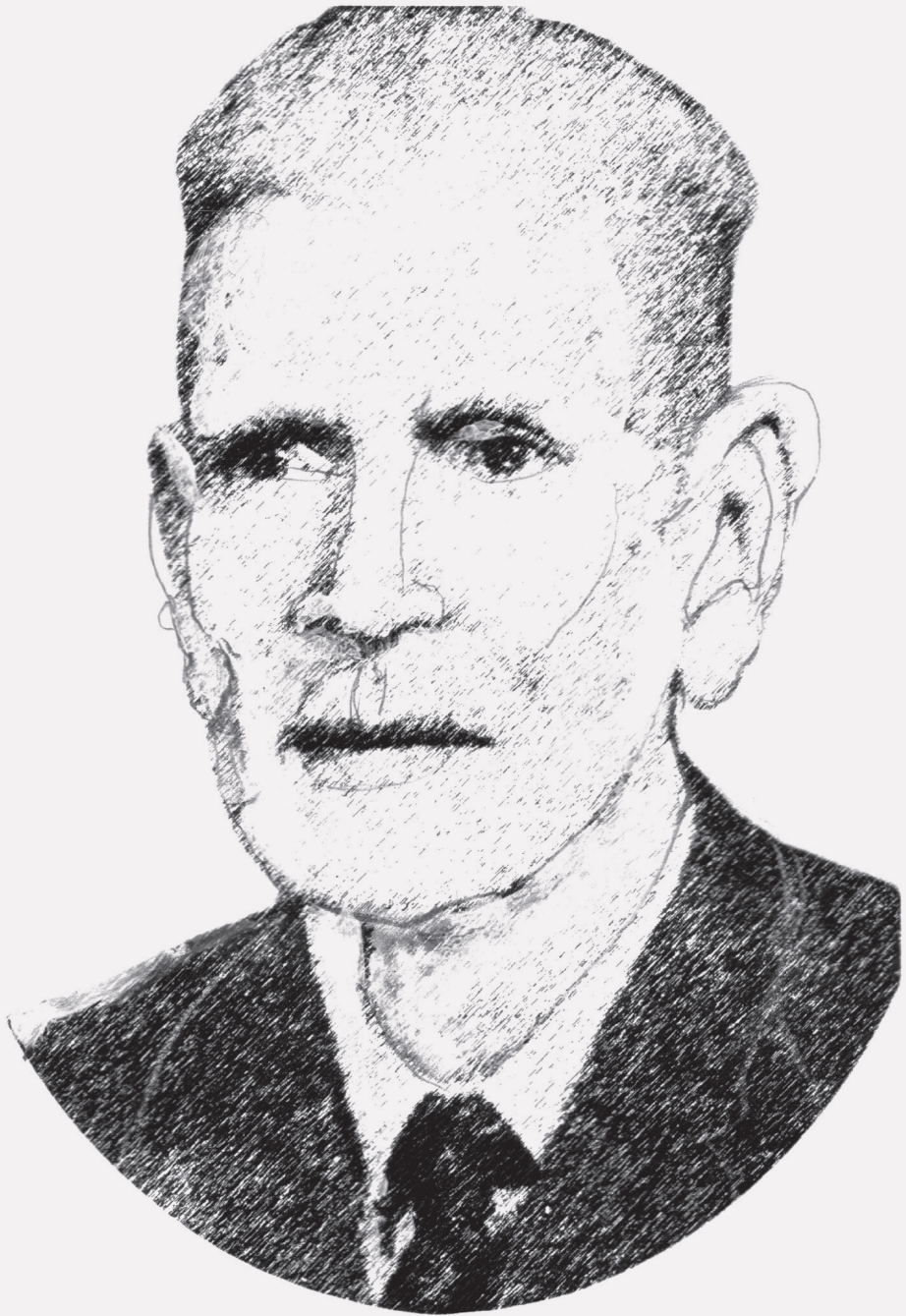
Enrique C. Livas Villarreal

[9 de mayo de 1936 - 3 de diciembre de 1948]

(Monterrey, Nuevo León, 1908). Realizó sus estudios de bachillerato en el Colegio Civil. Su carrera profesional la inició en la Escuela de Medicina y la concluyó en la Facultad Nacional de Medicina en la Ciudad de México, donde obtuvo su título de médico cirujano en 1932. Se convirtió en el cuarto rector de la Universidad de Nuevo León al ser designado, primero secretario y después presidente del Consejo de Cultura Superior de 1935 a 1943, y después, ya restablecida la máxima casa de estudios nuevoleonense, en virtud de la recién aprobada segunda Ley Orgánica, rector de 1943 a 1948. Desde ese cargo y con las ideas desarrolladas en su obra *La Universidad, su misión y su marcha* (1944), colocó a la institución entre las primeras universidades mexicanas. Bajo su firme rectorado, se crearon dependencias como el Instituto de Investigaciones Científicas, el Departamento de Acción Social Universitaria, la Escuela de Verano, el Taller de Artes Plásticas y la revista *Armas y Letras*. Además, junto con Joaquín A. Mora, participó y ganó el concurso en 1948, para la creación del lema y el escudo de la Universidad. Durante los años siguientes a su función de rector, ejerció la docencia en la Facultad de Medicina, el ejercicio profesional y la investigación científica, y desarrolló una incansable labor como presidente del Patronato Pro Construcción del Instituto Universitario de Cardiología, hasta su fallecimiento en la ciudad de Monterrey el año de 1984.

La misión universitaria es, en términos generales, de una triple modalidad: enseñar, investigar y difundir en el espacio y en el tiempo lo que investiga y enseña. Esta tarea no tendría sentido sin una meta por alcanzar. Su labor sería estéril si no fuera enderezada hacia un fin determinado, hacia una idea de justicia y de verdad social, cuya consecución es la aspiración de todos los pueblos civilizados de la Tierra y de suma urgencia en nuestro país, cuya historia está preñada de dolor y ahora encauzada por una Revolución [...]. Corresponde a la Universidad forjar la conciencia nacional y forjar, fundamentalmente, hombres. A ella corresponde señalar rutas y crear, al amparo de su trabajo fecundo, las normas de conducta indispensables para que el caminar por esas rutas se convierta en un pregón inmanente de paz y cofraternidad universales.

Discurso de su toma de posesión del cargo de rector, noviembre de 1943. "La Universidad, su misión y su marcha", *Vida Universitaria* año I, Núm. 4, Monterrey, 31 de marzo de 1997, p. 2.



Antonio Moreno Garza

[Del 3 al 7 de diciembre de 1948]

(Villa de Santiago, Nuevo León, 1880). Sus estudios secundarios y profesionales los cursó en la Escuela Normal del Estado, cuando era dirigida por los beneméritos Miguel F. Martínez y Serafín Peña. Recibió su título de profesor de instrucción primaria en 1902. Fue uno de los maestros más estimados de la Universidad y del medio cultural de la ciudad de Monterrey, por su sencillez de trato y su vida generosa y honrada que siempre tuvo como conductor de la juventud en el Colegio Civil, la Escuela “Pablo Livas” y otros institutos privados y comerciales, como servidor público en los cargos que ocupó en educación en diversos estados de la República, como diputado federal de 1918 a 1920; como diputado local de 1925 a 1927, presidente municipal de Monterrey de 1928 a 1929 y secretario general de Gobierno en 1936. Fue nombrado secretario general de la Universidad por el gobernador Bonifacio Salinas Leal en 1939, y llegó a ocupar en diversas ocasiones la rectoría durante las ausencias de Enrique C. Livas y Raúl Rangel Frías. Estuvo al frente de la Secretaría General de la institución, a pesar de su enfermedad, durante quince años, hasta su fallecimiento en 1954, en Rochester, Nueva York, el que causó en Monterrey una profunda manifestación de duelo.

De su informe de trabajo como secretario general en funciones de rector en 1945:

Cabe decir que en la Universidad ha habido un notable mejoramiento (...)

(...) nuestra Casa de estudios ha entrado en una etapa de positivas realizaciones. Ello se debe, sin duda, a la perseverancia con que colaboran sus elementos directivos y docentes al apoyo decidido de que el Ejecutivo del Estado presta a la Universidad. En ello se fundan nuestras esperanzas de que nuestra institución mantenga el índice de progreso que lleva actualmente, y nos da el convencimiento de que no permanecerá en una situación desventajosa al compararla con instituciones análogas, pues el Ejecutivo del Estado sabrá encontrar seguramente los medios de mantenerla a la altura que demandan las exigencias de nuestro medio social y el auge de Monterrey, que sí ha sabido destacarse hasta llegar a ser la primera ciudad industrial en nuestro país, igualmente, en lo que respecta a cultura, ocupará el sitio de honor que justamente le corresponde.

Universidad, Órgano de la Universidad de Nuevo León, Monterrey, 1945, No. 5. pp. 166-167.



Octavio Treviño Cavazos

[4 de diciembre de 1948 - 4 de mayo de 1949]

(Monterrey, Nuevo León, 1900). Realizó estudios de bachillerato en el Colegio Civil. Obtuvo su título de abogado por la Escuela de Jurisprudencia de Nuevo León el 23 de diciembre de 1913. Uno de los juriconsultos de mayor renombre en la entidad. Fue agente del Ministerio Público y apoderado legal y consejero de diversas instituciones industriales y bancarias de Monterrey. Fue nombrado rector de la Universidad en sustitución de Enrique C. Livas Villarreal, en enero de 1949, cargo en el que estuvo durante ocho meses, con objeto de coordinar los intereses en disputa como consecuencia del movimiento de huelga y que entregó a Raúl Rangel Frías. Falleció en Monterrey en 1960.

La disciplina y el trabajo son la norma y pauta de todo buen estudiante ansioso de conquistar un lugar preferente en la vida. La ética estudiantil debe ceñirse a la de ser estrictamente estudiantes, pues ningún obstáculo, ya sea de orden social o político, debe turbar las normas del anhelo que se busca, ya que profesorado y alumnado armonizando en los factores que se persiguen, como es el triunfo, deben cultivar como único ideal la mira hacia la civilización y la Patria.
Señores consejeros, la juventud espera y nosotros debemos trabajar.

De “El Lic. Octavio Treviño, rector de la UNL”, El Porvenir, Monterrey, 5 de diciembre de 1948. H. Consejo Universitario, acta Núm. 18, año escolar 1948-1949/11.



Raúl Rangel Frías

[4 de mayo de 1949 - 31 de marzo de 1955]

(Monterrey, Nuevo León, 1913). Inició sus estudios profesionales de Derecho en la ciudad de Monterrey y los continuó en la Universidad Nacional Autónoma de México. Formó parte del grupo literario “Barandal” integrado por Octavio Paz, Rafael López, Salvador Toscano, José Alvarado y otros. Invitado por don Alfonso Reyes al Colegio de México, prefirió regresar a Monterrey como profesor de la Facultad de Derecho, de la Escuela Nocturna de Bachilleres y de la preparatoria del Instituto “Laurens”. Fue designado por el rector Enrique C. Livas como jefe del Departamento de Acción Social Universitaria, desde donde inició el gran proyecto cultural y educativo que levantó y fortaleció a la Universidad de Nuevo León y la colocó en los grandes espacios nacionales. Fundó en 1944 la revista *Armas y Letras* y la Escuela de Verano. Fue designado rector de la Universidad de Nuevo León, en 1949 y puso en marcha la construcción de la Ciudad Universitaria del Noreste, proyecto magno que continuara años después como gobernador de Nuevo León en el periodo 1955-1961. Se levantaron los primeros edificios de las facultades, así como la Torre de Rectoría, el estadio, la plaza central y el Monumento a la Bandera. Bajo su dirección se crearon la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras, el Taller de Artes Plásticas, la Escuela de Música y se inició el teatro universitario. Ya al frente del Gobierno del Estado, se creó el Museo Regional de Nuevo León, con sede en el Obispado, la Biblioteca Universitaria “Alfonso Reyes” y el Archivo General del Estado. Autor de numerosas obras históricas y literarias, de reflexión filosófica y crítica de arte, entre otras: *Apuntes históricos del Colegio Civil* (1931); *Evocación de Alfonso Reyes* (1963); *Cosas nuestras* (1971). La Universidad Autónoma de Nuevo León le otorgó el grado de doctor Honoris Causa en 1984. Murió el año de 1993.

La vida de la Universidad se conserva mediante un propósito colectivo de carácter moral que radica en sus estudiantes, maestros y directores. Confío y sigo confiando en las fuerzas morales que son las fuentes puras de la verdadera educación. De ellas brotó, primeramente, la Facultad de Medicina; más tarde el Colegio Civil y, posteriormente, el conjunto de escuelas, institutos y facultades que, después de los que integran la Universidad Nacional de México, podemos decir que son los primeros en nuestra patria. Esas fuerzas morales son las que han llevado a nuestra Universidad a la altura en que la vemos, y son también las que siguen creando nuevas instituciones universitarias que hacen de nuestra Casa el más importante centro de cultura en la frontera norte de nuestro país. Si la Universidad fuera una organización administrativa o empresa económica, indudablemente que ya habría desaparecido; pero ante todo, es vocación por México y para México.

De su toma de protesta como rector, H. Consejo Universitario, Acta 28, año escolar 1948-1949, Monterrey, 9 de mayo de 1949.



Roberto Treviño González

[5 de abril de 1955 - 14 de junio de 1958]

(Monterrey, Nuevo León, 1918). Realizó sus estudios primarios en el Colegio “Justo Sierra” y los de secundaria y bachillerato en el Colegio Civil, de 1931 a 1936. Ingresó en 1936 a la Facultad de Ingeniería Civil y dos años después, aún estudiante, inició su labor como catedrático impartiendo la materia de Álgebra. Se graduó de su carrera de ingeniero civil en 1946. Fue director-fundador de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas en 1953, en el rectorado de Raúl Rangel Frías, y cuando él asume el cargo de gobernador del estado lo designa rector de la Universidad de Nuevo León, para el periodo de 1955 a 1958. En su administración se inician los trabajos de organización, planificación, urbanización y edificación de la Ciudad Universitaria. Se crea una oficina encargada de la obra y una comisión para los aspectos financieros. También durante su gestión se inauguró la Facultad de Economía, se celebraron los festejos del centenario del Colegio Civil y se estableció el plan de organización de la Escuela de Bachilleres. Tras dejar la rectoría de la Universidad, fue diputado local y fundador y primer rector de la Universidad Regiomontana. Dejó de existir en la ciudad de Monterrey, el año de 2001.

La Universidad de Nuevo León, con una entrañable devoción a la institución que le dio vida, (el Colegio Civil) se distingue desde sus inicios como la más fiel continuadora de su obra cultural, al amparo de un congénito de incontables propósitos de alentar la flama de la verdad, se entrega plenamente a la tarea de educar a una juventud e impone la meta de robustecer el prestigio de México como baluarte de las libertades. La búsqueda de la verdad debe ser una tarea perpetua. La dinámica universitaria se sustenta en principios de trabajo intenso y consagración a las labores superiores del espíritu. Humanidades y ciencias marchan paralelamente en nuestra lucha por los nobles ideales. En un mundo que ostenta signos de un progreso que sorprende a la propia Humanidad, nuestra Universidad y nuestro Colegio Civil se declaran en favor de principios que postulan el bienestar del hombre y la conservación de sus libertades, como inspiración fecunda de todo esfuerzo intelectual. Hacia ese fin debemos canalizar todas nuestras actividades.

Discurso pronunciado en la velada del Centenario del Colegio Civil, 4 de noviembre de 1957.



Roque González Salazar

[16 de junio de 1958 - 29 de septiembre de 1958]

(General Terán, Nuevo León, 1931). Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Nuevo León en 1953. Fue profesor de las Escuelas Preparatorias 1 y 2. Desempeñaba el cargo de secretario general de la Universidad desde 1957, cuando fue designado rector interino en 1958. Durante los meses que se desempeñó en el cargo, logró que los proyectos que estaban en marcha —entre estos el más importante, la construcción de la Ciudad Universitaria— no se interrumpieran mientras se designaba al nuevo rector Joaquín A. Mora, quien lo invitó a continuar en el cargo de secretario general de la Universidad. Continúa en dicho puesto hasta el año de 1960, en que salió del país para realizar estudios de posgrado en Relaciones Internacionales en el Institut D'Etudes Politiques de la Universidad de París, los que concluyó en 1962; Russian and East European Institute de la Universidad de Indiana, EUA, de 1962 a 1963; y London School of Economics, de la Universidad de Londres, Inglaterra, de 1963 a 1965. En El Colegio de México fue profesor-investigador en el Centro de Estudios Internacionales de 1966 a 1972; director del mismo de 1969 a 1972; director de la revista *Foro Internacional* de 1967 a 1972; secretario general en 1973; coordinador general académico de 1978 a 1979; y miembro de la Junta de Gobierno de 1980 a 1991. En el servicio exterior mexicano, fue embajador en la URSS de 1972 a 1975; en Argentina de 1975 a 1977; en Portugal de 1989 a 1991; y en Paraguay de 1991 a 1996; director general para Europa Oriental y la URSS de 1979 a 1982; y oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores de 1982 a 1988. Fue designado por el presidente de la República como embajador eminente del Servicio Exterior Mexicano en 1988. Fue miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad Autónoma de Nuevo León de 1987 a 1991. Falleció en el año 2015.

La única manera de explicarme mi gran fortuna y parte de mi destino: el que cuando llegué a la metrópoli a mediados de los años cuarenta, Monterrey tenía universidad. De no haber sido así, seguramente mi destino habría sido el de un agricultor o comerciante de naranjas. Lo cierto es que mientras yo repartía leche y ayudaba en los huertos en mi infancia de Montemorelos, en Monterrey muchos jóvenes, para mí desconocidos, luchaban por fundar la Universidad de Nuevo León, entre ellos mi mentor, Raúl Rangel Frías. Este joven fue uno de los principales impulsores de la creación de una universidad hecha bajo el perfil de lo que demandaba el Estado de Nuevo León y, en particular, su capital, Monterrey.

Tomado de: Roque González Salazar, *De memoria*, UANL, 2012.



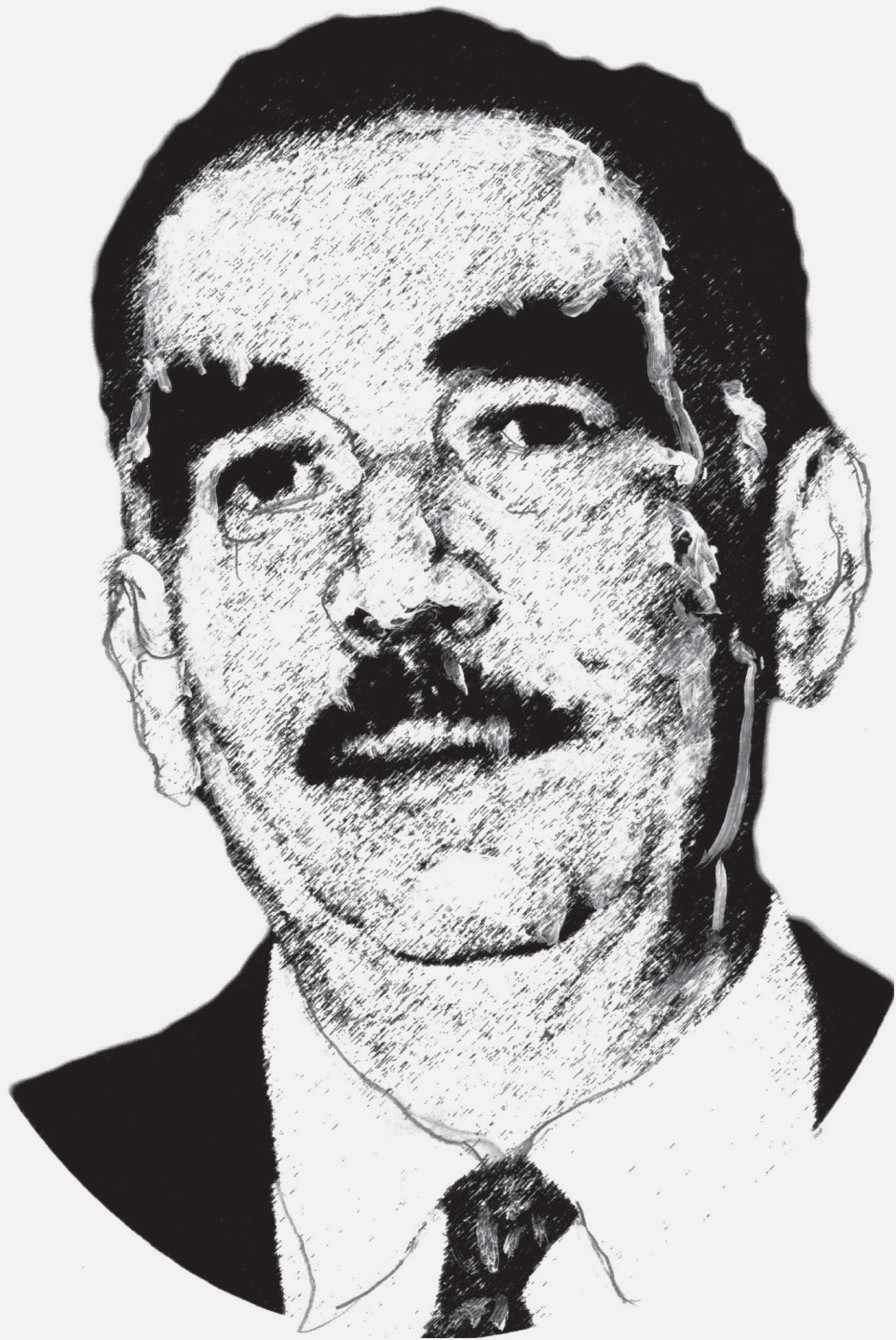
Joaquín Antonio Mora Alvarado

[29 de septiembre de 1958 - 24 de octubre de 1961]

(Velardeña, Durango, 1905). Recibió su título de arquitecto en 1931 en la Universidad de Texas. Hombre activo e inteligente, de una fe y voluntad férreas, de las que hablan como testimonio, la defensa del rector Enrique C. Livas, su amigo, y su lucha, junto con alumnos y maestros, por el establecimiento de la Facultad de Arquitectura; y ya como su primer director, el fungir como prefecto y cubrir ausencias de catedráticos y proveer de elementos de trabajo a los talleres. Y aún más, asistir al gobernador Rangel Frías en la búsqueda de recursos económicos y espirituales para la reconstrucción del Obispado y elaborar por sí mismo la investigación arqueológica, la reconstrucción de los planos originales y dirigir las obras de restauración. Testigo de su ahínco, el ejecutivo lo designó rector de la Universidad de Nuevo León de 1958 a 1961, para acometer la realización de la Ciudad Universitaria. Además de la arquitectura, la pintura fue otra profesión en la que se formó de manera autodidacta hasta ser considerado uno de los bien logrados acuarelistas mexicanos. Su obra plástica fue exhibida en la Feria Mundial de Chicago (1933), la Biblioteca de la Universidad de Texas (1946), el Aula Magna “Fray Servando Teresa de Mier”, de la UNL (1949), Galerías Artísticas (1952) y Arte, A. C. (1957). Retirado a su hogar, a su taller y al trato cordial con sus amigos, le sorprendió la muerte en 1966, en la ciudad de Monterrey.

Estos claustros y estas aulas han de ser la cátedra de los futuros timoneles de la patria y es por eso que los próceres de esta magna obra, conscientes de la que la juventud estudiosa necesita de un ambiente adecuado para el desenvolvimiento de su salud física y mental y para el mejor logro de la enseñanza sistemática superior, han volcado, con tesón y cariño, todos sus esfuerzos y sus voluntades en esta noble fábrica en un inquebrantable afán por superar las condiciones del ancho campo donde se desarrollan las disciplinas universitarias.

Palabras en el marco de la inauguración de la Ciudad Universitaria, en *La Ciudad Universitaria de Nuevo León. Más allá de los muros*, Samuel Flores Longoria, UANL, Monterrey, 2005, pp. 25.



José Alvarado Santos

[4 de octubre de 1961 - 8 de febrero de 1963]

(Lampazos de Naranjo, Nuevo León, 1911). Muy joven se trasladó a Monterrey para estudiar su bachillerato en el Colegio Civil, en donde participó en los debates para la fundación de la Universidad de Nuevo León. Escritor y periodista, en su época estudiantil compartió sus inquietudes literarias y políticas con los integrantes del Grupo “Alfonso Reyes”, entre los que se encontraban Juan Manuel Elizondo y Raúl Rangel Frías. Escribió en la *Revista Estudiantil* y *Archivaldo* del Colegio Civil. En la Ciudad de México, donde estudió Derecho, Filosofía e Historia en la UNAM, colaboró en *Barandal*, dirigida por Octavio Paz, su compañero de aulas, *Taller*, *Romance*, *Letras de México* y *Tierra Nueva*. Doctor en Filosofía por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y durante veinte años catedrático de la Escuela Nacional Preparatoria. Definido su destino como intelectual, empezó a escribir, por el resto de su vida, en *El Día*, *Excelsior* y *Siempre!*, así como en otras importantes revistas y periódicos de México. Sus textos más importantes fueron reunidos en *Tiempo guardado* (1976) y *Luces de la ciudad* (1983). Narrador de fina expresión, escribió *Memorias de un espejo* (1953) y *El personaje* (1955). Fue rector de la Universidad de Nuevo León entre 1961 y 1963, durante una época difícil de afrontar. Regresó a la Ciudad de México, donde falleció en 1974.

La Universidad es un medio del anhelo de perfección y del empeño hacia una vida libre y creadora para todos los hombres; alberga en su seno las aspiraciones más altas y en sus aulas asume la inteligencia a su responsabilidad indeclinable de servir a la gran mayoría de los ciudadanos. Los universitarios de Nuevo León conocemos, y no olvidamos, los deberes hacia nuestro pueblo, nuestra Patria y nuestro tiempo. Breve es aún la vida de nuestra joven Universidad, pero grande es ya nuestra esperanza.

Palabras ante el H. Consejo Universitario, Acta 2, año escolar 1961-1962, Monterrey, 9 de noviembre de 1961.



Alfonso Rangel Guerra

[8 de febrero de 1963 - 8 de octubre de 1964]

[7 de junio - 31 de julio de 1971]

(Monterrey, Nuevo León, 1928). Cursó su bachillerato en el Colegio Civil de 1944 a 1946 y sus estudios profesionales en la Facultad de Derecho de la Universidad de Nuevo León. Antes de ser maestro, fue llamado a ocupar la secretaría de la naciente Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras. Así empezó la práctica de la administración universitaria, siendo hasta 1955 cuando ingresó al Colegio Civil como maestro, mismo año en que ocupó la dirección de dicha escuela. En ese tiempo tuvo su primer contacto con un personaje que marcaría de manera decisiva su labor intelectual: don Alfonso Reyes. Fue director de la Facultad de Filosofía y Letras de 1960 a 1961 y oficial mayor de la Universidad en 1962. Convirtiéndose en rector en 1963, emprendió el proceso de reforma del bachillerato, el establecimiento de los tiempos completos para maestros y el reconocimiento al Sindicato de Trabajadores de la Universidad. Fue nombrado coordinador ejecutivo de la UANL de junio a julio de 1971, y dio los nombramientos a los primeros miembros de la Junta de Gobierno, a la que perteneció de 1991 a 1998. Fue director de la revista *Armas y Letras* y del Centro de Estudios Sobre la Universidad (CESU); secretario de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) de 1965 a 1977; director general de Educación Superior en la SEP de 1977 a 1982 y encargado de asuntos culturales en la Embajada de México en Madrid de 1983 a 1985. Su labor inagotable por la educación y la cultura lo llevó a ser dos veces secretario de Educación en el estado, secretario general del Colegio de México, presidente del Consejo Estatal para el Desarrollo de la Cultura y las Artes, director del Museo de Historia Mexicana y de Arte, A. C., además de conferencista, escritor, prologuista, ensayista y traductor. Ha publicado, entre otras muchas obras: *Imagen de la novela* (1965); *Las ideas literarias en Alfonso Reyes* (1989); *El testimonio y las renovaciones* (2001).

Eficacia institucional, servicio a la sociedad, capacidad para el cambio e investigación se entrelazan e influyen recíprocamente y hacen posible la verdadera y cabal intervención de la universidad en el desarrollo del país. Las tareas de la universidad frente al desarrollo deberán realizarse tomando en cuenta las características y circunstancias de nuestro medio y nuestra realidad. La participación de la universidad en la solución de los problemas del desarrollo se cumple a través de sus egresados y directamente en la actividad de sus investigadores, profesores y alumnos. Su valor como factor de cambio proviene de la necesidad ineludible de participar directamente en la vida social del país mediante el cumplimiento de sus objetivos primordiales.

“La universidad y el desarrollo”, Seminario Regional sobre Universidad y Sociedad, 8-13 de septiembre de 1975.



Eduardo Suárez Galindo

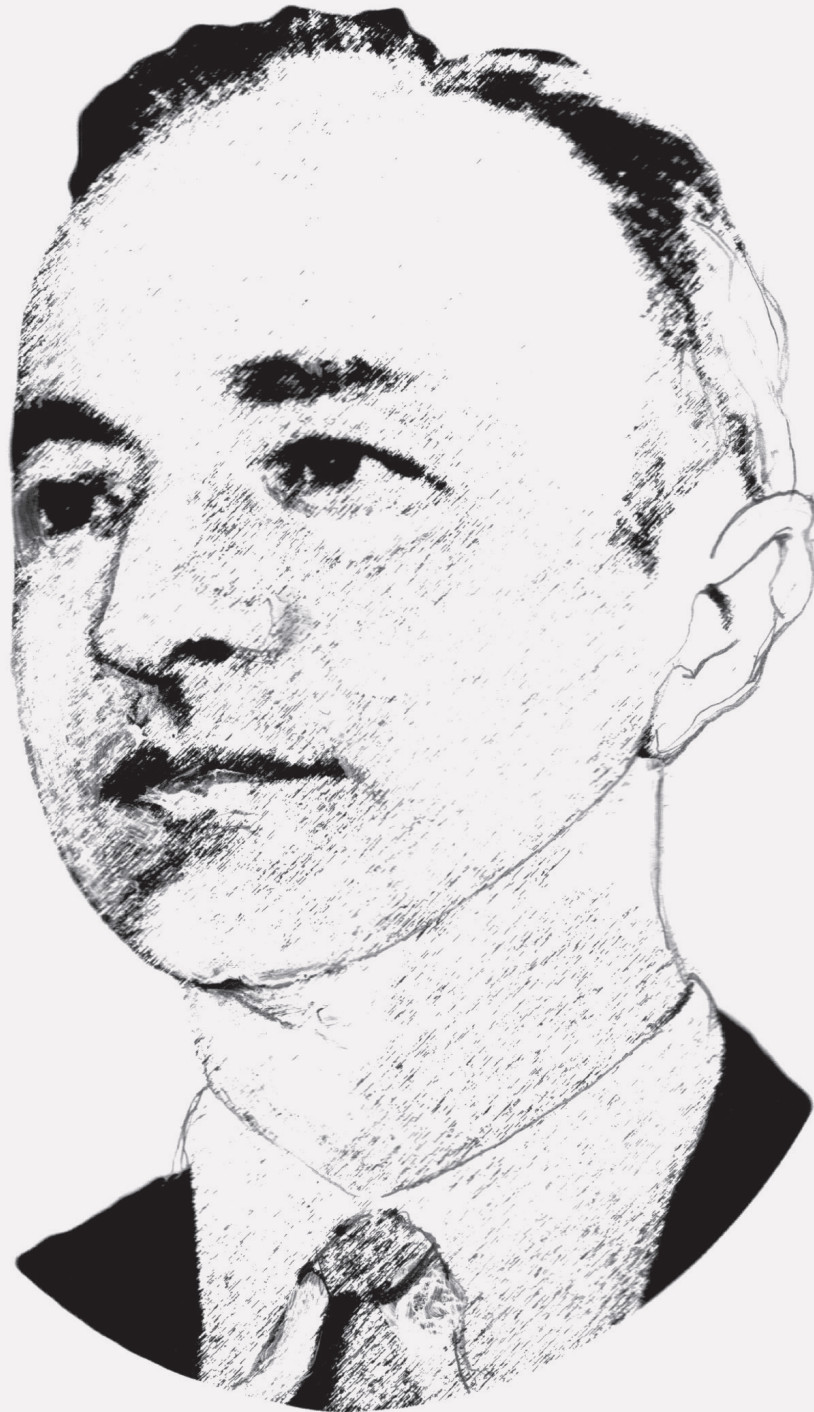
[8 de octubre de 1964 - 12 de mayo de 1965]

(Monterrey, Nuevo León, 1931). Egresado de la Facultad de Derecho en 1953 y de la Escuela de Economía en 1961. Sus primeros trabajos como abogado los realizó en Tijuana y Baja California, para regresar a Monterrey en 1956. Se desempeñó como juez del Juzgado Cuarto de lo Penal de 1956 a 1958. Cursó los grados de maestría y doctorado en la Escuela de Economía de la Universidad de Yale, Connecticut en Estados Unidos. Asumió la dirección de la Facultad de Economía y de su Centro de Investigaciones Económicas de 1963 a 1964. Secretario general en funciones de rector. Durante su breve ejercicio, se aprobó la creación de la Preparatoria 7 en San Nicolás de los Garza, a partir del periodo escolar 1966-1967 y se decretó la iniciación del proceso de revisión de la Ley Orgánica de la Universidad para su actualización. Cumplido su encargo, fue nombrado director de la Facultad de Economía y del Centro de Investigaciones Económicas de 1965 a 1966. Profesor-investigador del Colegio de México de 1966 a 1968 y de la Universidad de Houston en 1971. Trabajó en el Departamento de Asuntos Económicos de la Organización de Estados Americanos (OEA) en Washington, D.C. de 1968 a 1970. Formó parte de la comisión de exrectores encargada de redactar la nueva Ley Orgánica de la UANL. Jefe del Departamento de Planeación de la Universidad de 1973 a 1974. Inició la primera delegación del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) en Monterrey, de la que estuvo a cargo de 1974 a 1976. Desde hace muchos años colabora en traducciones de textos económicos con organismos internacionales e instituciones educativas y editoriales de nuestro país.

La Universidad debe preocuparse por transmitir a sus estudiantes el legado cultural que la humanidad ha formado a través de siglos y milenios, por inyectarles el espíritu científico, por interesarlos en los problemas morales y políticos de la comunidad, por preparar realmente a sus estudiantes para desempeñar una actividad específica cuando concluyan sus estudios. En términos técnicos, diríamos que la escuela califica (capacita) a la fuerza de trabajo. La preparación universitaria debiera tener una clara orientación hacia el mercado de trabajo.

De su artículo "Función de la Universidad", *El Porvenir*, 31 de octubre de 1992.





Eduardo A. Elizondo Lozano

[12 de mayo de 1965 - 22 de febrero de 1967]

(Monterrey, Nuevo León, 1922). Se formó en la Universidad de Nuevo León entre 1939 y 1944, donde cursó la carrera de Derecho y Ciencias Sociales, titulándose en 1945. Al tiempo de ejercer su carrera desarrolló una actividad docente como profesor de la Facultad de Derecho y en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. De 1961 a 1965 fue tesorero general del estado, durante la gubernatura de Eduardo Livas Villarreal. En el tiempo en que la Universidad entraba en un proceso de transición y adaptación al nuevo entorno social, económico y político, fue nombrado rector el 12 de mayo de 1965, con la tarea de dotar a la Universidad de una administración moderna y lograr un clima de paz y conciliación, así como dar cauce a las aspiraciones de todos los actores de la vida universitaria. Apoyó el registro del STUNL y satisfizo, dentro de las posibilidades económicas, las peticiones de mejoras de los trabajadores. Durante su gestión se ampliaron las facilidades físicas en edificios y equipos, sobre todo en Ingeniería y en Ciencias de la Salud; se adaptaron planes de estudio a la altura de las grandes universidades de México y se llevó adelante un programa de obtención de posgrados de profesores, que fue un factor estimulante de la calidad de la enseñanza. A finales de febrero de 1967 abandonó el cargo de rector para aceptar la candidatura del PRI a la gubernatura del estado, puesto que asumió al ganar las elecciones en octubre de 1967, y desde el que trató de buscar soluciones a la falta de cupo y a la crisis financiera de la Universidad. El movimiento estudiantil-magisterial de 1969 llevó a Elizondo a proponer al Congreso del Estado la autonomía universitaria, la que finalmente fue aprobada. Ocupó muy diversos cargos en los sectores privado y empresarial, como consejero y asesor, principalmente en la banca. Falleció en la ciudad de Monterrey el año 2005 a la edad de 82 años.

Lo académico y lo administrativo deben conducir a la difusión de la cultura y a la formación de profesionistas de gran calidad. Para ello es indispensable que lo humano responda adecuadamente. La Universidad es de “hombres”, “hombres” que enseñan y “hombres” que aprenden.

Las ideas más diversas pueden tener cabida entre nosotros y podría decir que deben tenerla para que fundadamente optemos por las mejores; pero las ideas expuestas en forma serena y con altura de miras, no en tono violento ni con propósitos egoístas. [...] La llama de la verdad debe de alentarse con amor apasionado que edifique, no con odio furibundo que destruya.

Mensaje del rector a los universitarios durante su toma de protesta como rector, 12 de mayo de 1965.



Nicolás Treviño Navarro

[22 de febrero al 4 de octubre de 1967]

(Vanegas, San Luis Potosí, 1932). Estudió la licenciatura en Matemáticas, así como la carrera de Ingeniería en la especialidad de mecánico electricista en la UNL, en la que se distinguió como alumno brillante, por lo cual recibió el Premio al Saber en 1962. Becado por la UNAM realizó cursos de especialización en materias como Matemáticas superiores y Geometría diferencial. Jefe del Departamento de Física de Preparatorias de la UNL. Sirvió como catedrático en las facultades de Ingeniería Civil desde 1954, e Ingeniería Mecánica y Eléctrica desde 1957. Fue director de la Facultad de Ingeniería Mecánica y Eléctrica de 1961 a 1967 y rector interino del 23 de febrero al 1 de diciembre de 1967, tiempo en que se creó la Preparatoria 8 y obtuvo ayuda económica del Gobierno del estado para ampliar las plazas de nuevo ingreso a preparatorias, escuelas y facultades de la Universidad. Fue secretario ejecutivo del Patronato Pro Laboratorios y Talleres de la Universidad de Nuevo León, y miembro de su Junta de Gobierno de 1971 a 1980. Falleció en el año 2014.

Los jóvenes en su vida como estudiantes, han aprendido a luchar limpio, a respetar a sus semejantes y servir como ciudadanos guías y, como profesionistas, deberán estar inspirados por una mística, la de servir al país sirviendo a nuestros semejantes, mística que no los haga desmayar en el camino, convencidos de que si hacen el bien serán compensados y si hacen daño lo perderán todo.

Mensaje a graduados de la FIME, 14 de septiembre de 1972.



Héctor Fernández González

[4 de octubre de 1967 - 26 de noviembre de 1969]

(Ciudad Victoria, Tamaulipas, 1929). Cursó su carrera en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nuevo León de 1949 a 1955 y realizó estudios de posgrado en Medicina Interna y la subespecialidad en Cardiología en la Georgetown University, de Washington, D.C. de 1955 a 1960. Fue catedrático y director de la Facultad de Medicina y del Hospital Universitario “Doctor José Eleuterio González” en el periodo 1966-1967, y fue designado rector de la Universidad en octubre de ese año, en el cual estalló el histórico Movimiento Estudiantil de 1968. Le correspondió incorporar a la institución a los avances tecnológicos; realizar una revisión curricular de fondo; construir edificios y talleres; además de enviar a la legislatura del estado la solicitud para incluir la autonomía universitaria en la Ley Orgánica de la Universidad de Nuevo León, y una vez decretada, concluyó su rectorado en noviembre de 1969, como el último rector de la Universidad de Nuevo León. Fue presidente nacional de la Federación de Colegios de la Profesión Médica; ocupó varios cargos públicos; y en reconocimiento a su trayectoria, el Gobierno del estado le otorgó la Medalla al Mérito Cívico en 1997.

Me dirijo en primer término a los estudiantes que constituyen la esencia misma de la Universidad (...) Para ellos, debe señalar que la misión de la Universidad no se circunscribe a dotarlos de la preparación técnica o científica escuetamente establecida en los programas de clase. La Universidad de Nuevo León pretende imprimir en su personalidad el sello perenne de la responsabilidad, desarrollar su espíritu en el ámbito humanista de nuestras más caras y preciadas tradiciones, con el acervo académico sólido, un alto sentido inquisitivo y un afán constante y renovado de superación mediante la autoeducación continuada y progresiva. La Universidad aspira a crear en cada uno de sus egresados un hombre digno, un ciudadano consciente de sus necesidades, dispuesto a afrontar con entusiasmo las tareas que el cumplimiento de su ocupación demande para el progreso de nuestra Patria (...)

De su toma de protesta como rector, H. Consejo Universitario, Acta 1, año escolar 1967-1968, Monterrey, 5 de octubre de 1967.



Enrique Martínez Torres

[26 de noviembre - 10 de diciembre de 1969]

(Ciudad Victoria, Tamaulipas, 1916). Ingresó al Colegio Civil en 1934 para cursar su bachillerato y en 1937 a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, donde recibió su título de abogado en 1943. Abogado postulante de 1943 a 1945, ejerció la docencia en el Colegio “Justo Sierra”, en el Colegio Civil, en la Escuela Nocturna de Bachilleres, y en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales desde 1943. Agente del Ministerio Público del ramo penal de 1946 a 1951; abogado consultor en el gobierno de Ignacio Morones Prieto; secretario del Ayuntamiento de Monterrey en las administraciones de Santos Cantú Salinas y Alfredo Garza Ríos; director general de Proveduría de Gobierno en las administraciones de Eduardo A. Elizondo y Luis M. Farías. Designado rector de la Universidad en 1969, estuvo también a cargo del Patrimonio de Beneficio Universitario y fue vocal del Patronato Universitario. Ocupó una de las más prestigiadas notarías públicas de la ciudad de Monterrey y destacó por su magnífica labor judicial como magistrado de la Tercera Sala del Tribunal Superior de Justicia de Nuevo León en 1980. Autor de varias obras de su especialidad y también de poesía: *Conflictos intemporales de aplicación de las normas jurídicas*, *Canto a Martí*, *Puerto de abrigo*, *La alegría de recordar*, *Voz madura* y otros. Falleció el 23 de diciembre de 2016.

A mi Universidad siempre la he querido mucho, no puedo quitar mi nombre de ella, como don Alfonso Reyes no puede quitar el suyo de su Monterrey de las Montañas. Considero que lo que soy y lo que he llegado a ser se lo debo a la Universidad¹. Deseo que la Universidad de Nuevo León siga como hasta ahora, difundiendo la cultura en beneficio de las clases sociales de Nuevo León y de México. (Tengo) confianza en los jóvenes alumnos, maestros y en el propio Consejo Universitario, para que la Universidad de Nuevo León siga su trayectoria brillante hasta estos momentos.

Memoria Universitaria No. 73, febrero de 2016. 2. Mensaje de entrega de la rectoría, 10 de diciembre de 1969.



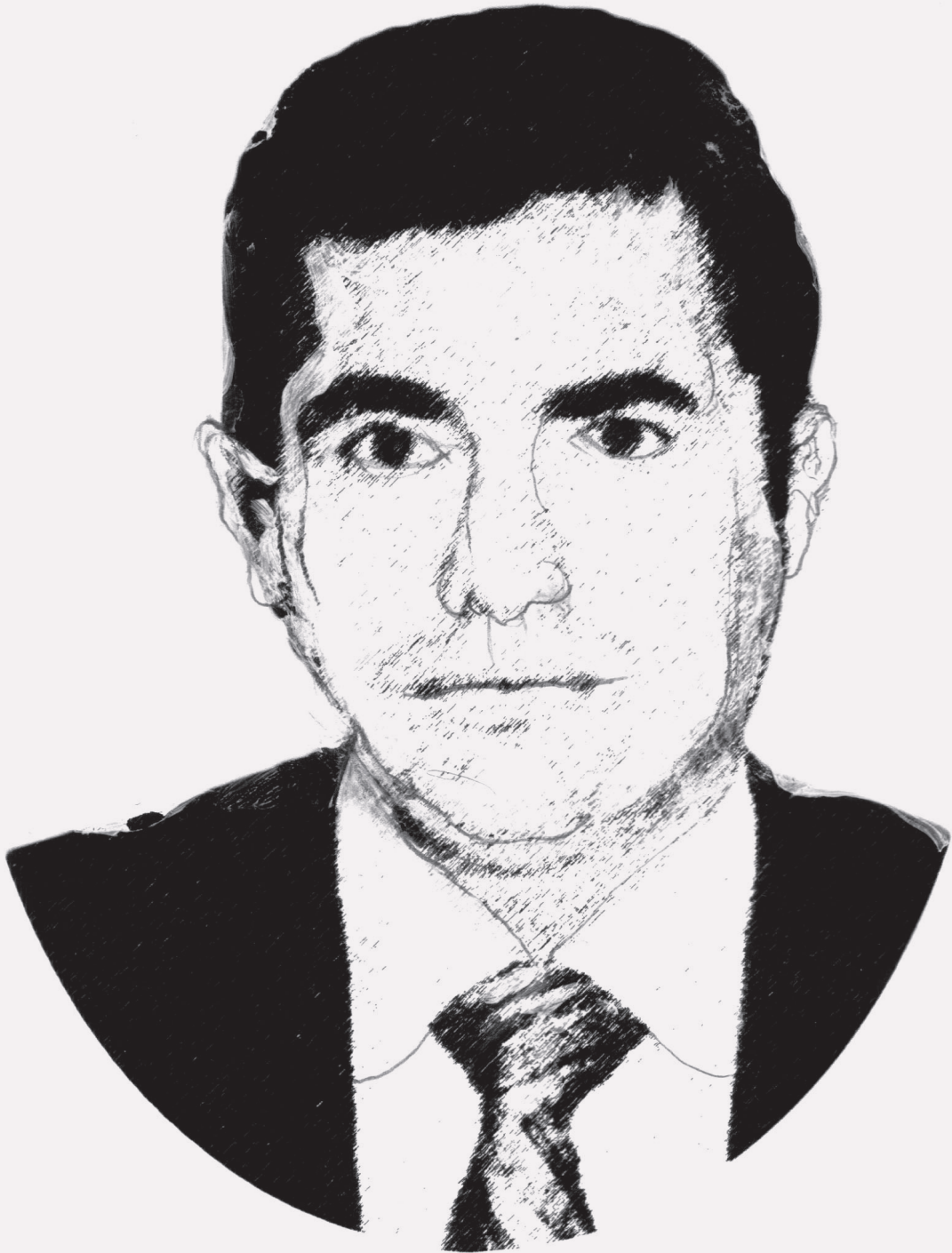
Oliverio Tijerina Torres

[10 de diciembre de 1969 - 14 de enero de 1971]

(General Bravo, Nuevo León, 1921). Hizo estudios de Medicina en la Universidad de Nuevo León y el Instituto Politécnico Nacional de 1941 a 1948. Cursó el posgrado en Pedagogía Médica en la Universidad de Nueva York; fue catedrático en diversas escuelas de la UNL y director de su Facultad de Enfermería; impartió clases también en la Escuela Normal Superior del Estado. Partícipe en el movimiento estudiantil y magisterial a favor de la autonomía universitaria, fue el primer rector electo por el Consejo Universitario, el 10 de diciembre de 1969 para conducir acciones que demandaba el momento, como la democratización y el crecimiento de la Universidad, la apertura de nuevas carreras y la mejora de sus cuadros docentes. En su periodo destacan realizaciones como la ampliación de la infraestructura en la Ciudad Universitaria, el establecimiento de la Coordinación de las Escuelas de Graduados de la Universidad, un Consejo de Área Común de Ingeniería y Ciencias, en la Facultad de Ingeniería Civil, y el Laboratorio de Idiomas en la Escuela Industrial y Preparatoria Técnica “Álvaro Obregón”. Dejó el cargo el 14 de enero de 1971, año en que fue electo director de la Facultad de Enfermería, que ostentó hasta 1972.

Es propósito permanente utilizar la trigología básica que sostiene a la Universidad. Los alumnos, los profesores y los servidores de la Universidad deben marchar conjuntamente, esta es la tarea inmediata. De ese trípode mencionado debe de llegar en forma democrática, elemental y sencilla a las autoridades, a los educandos, al pueblo y a la historia misma de la Universidad con el propósito de lograr no grandes ni eruditos profesionistas sino realmente humanos y buenos. Que se enseñe dentro de nuestras aulas como formarse a servir a la sociedad y no servirse de ella.

Discurso de toma de posesión del 10 de diciembre de 1969.



Manir González Martos

[14 de enero al 20 de febrero de 1971]

(Linares, Nuevo León, 1936). Realizó su bachillerato en la Preparatoria 1 del Colegio Civil y en la Preparatoria Núm. 4 de Linares. Se graduó de abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Nuevo León en 1960. Maestro de Ética, Historia Universal y Español en la Preparatoria 1 y en la Escuela Industrial y Preparatoria Técnica “Álvaro Obregón” por 18 años. Fue secretario de la Coordinación de Escuelas Preparatorias en 1960, jefe de la Sección de Preparatorias en el Departamento Escolar y de Archivo de la Universidad, de 1957 a 1967, subjefe del mismo departamento de 1967 a 1969 y jefe en 1970. Secretario de la Coordinación General de Escuelas Preparatorias en 1962 e inspector de las escuelas incorporadas a la UNL en 1965. Presidió la Comisión de Estudios Sociales y Económicos del Sindicato de Trabajadores de la Universidad en 1964. Secretario general de la UANL en 1970 y rector en funciones del 14 de enero al 20 de febrero de 1971. En este corto periodo presidió tres reuniones del Consejo Universitario, en las que se estableció el mecanismo para la elección del nuevo rector.

Estudiantes, maestros y servidores de la Universidad, bajo el signo de la unidad y el trabajo respondamos a la confianza y los esfuerzos que la sociedad nos entrega. La unidad y el trabajo hacen posible la creación de cosas superiores para esta Universidad. Reflexionemos juntos estas palabras y concluyamos en que las únicas armas que tenemos los universitarios de Nuevo León son el trabajo y la verdad. Para los universitarios no existen el desaliento y la frustración.

Mensaje del rector en funciones del 5 de febrero de 1971 en Carlos Ruiz Cabrera, *Poder y lucha sindical en la UANL, 1949-1971*, Monterrey, 1990, p. 663.



Arnulfo Treviño Garza

[12 de abril al 4 de junio de 1971]

(La Conquista, Coahuila, 1912). Se graduó en la Escuela Médico Militar de la Ciudad de México en 1936. Cursó sus estudios de secundaria y preparatoria en el Ateneo Fuente de Saltillo, Coahuila. Por más de 35 años fue profesor titular de la cátedra de Cirugía y jefe del Departamento de Cirugía General por oposición. Delegado al Primer Congreso Nacional de Facultades de Medicina celebrado en abril de 1944. Consejero maestro por la Facultad de Medicina ante el Consejo Universitario. Miembro de la Academia Mexicana de Cirugía. Presidente del Comité Directivo Estatal del Partido Revolucionario Institucional de 1961 a 1968 y diputado federal al Congreso de la Unión. Nombrado rector por el Consejo Universitario, autoridad superior de la UANL que tenía esa atribución en virtud de la Tercera Ley Orgánica del 26 de marzo de 1971. En los siguientes días, sin posibilidad de tomar posesión material del cargo por la situación política en que se encontraba la Universidad, envió presupuestos para cubrir pagos de salarios y designó nuevos directores de escuelas y facultades. Dejó el cargo el 4 de junio de 1971, tras ser derogada la ley, diez días después de haber logrado entrar a las oficinas de Rectoría en la Ciudad Universitaria. Falleció en Monterrey, Nuevo León, el 18 de septiembre de 1988.

Nuestra Universidad es el conjunto armónico de los estudiantes y maestros universitarios, aglutinados en sólido haz de voluntades que tienen como antecedentes las hermosas tradiciones de su centenaria Casa de estudios, sus ilustres maestros de siempre, los brillantes profesionistas y técnicos que les han precedido en su paso por las aulas; que tienen como presente el horizonte universal del hombre; que deben asimilar con espíritu crítico, contemplar desde lo alto los distintos caminos de la vida, valorarlos y escoger el que piensen preferible para conseguir la justicia, la paz y la felicidad humana. [...] Su presente debe ser también postura disciplinada frente a la vida; disciplina del espíritu y de trabajo, porque no es posible adquirir conocimientos sólidos sin método y orden, y sin ellos no se es universitario auténtico.

Mensaje al rendir protesta como rector el 12 de abril de 1971. “Disciplina y trabajo, pide el nuevo rector a los universitarios”, *El Porvenir*, Monterrey, 13 de abril de 1971, p. 1, segunda sección.



Héctor Ulises Leal Flores

[Del 20 de febrero al 12 de abril de 1971]

[Del 31 de julio de 1971 - 12 de diciembre de 1972]

(Monterrey, Nuevo León, 1925). Cursó en bachillerato de Físico-Matemáticas de la Escuela Nocturna de Bachilleres de la UNL. Graduado en la Facultad de Ingeniería Civil, realizó el posgrado en Salud Pública, siendo de los primeros maestros en esta materia en el estado, maestro titular de Hidráulica y después secretario de 1959 a 1964 y primer director elegido por maestros y alumnos de 1969 a 1971. Como director impulsó los temas de ingeniería sanitaria y salud pública, profesores de medio tiempo, comisiones de tesis para regularizar los exámenes profesionales y brigadas de servicio social que permitieron crear obras de infraestructura en los municipios del estado. Activo militante del movimiento de autonomía de la Universidad y ligado a las actividades del sindicato, fue electo rector de la Universidad de Nuevo León por el Consejo Universitario el 20 de febrero de 1971. Ser hijo de un profesor normalista que fundó escuelas agrícolas en el país durante el cardenismo, le permitió enfrentar los problemas y contradicciones del medio rural, por lo que representó como rector la inquietud del proyecto social de la época, que encontraba en la Universidad el motor para transformar el panorama de desigualdad e injusticia. Desarrolló hasta diciembre de 1973, fecha en que terminó sus funciones, una política de enseñanza superior de puertas abiertas al pueblo y cultivó en los estudiantes el compromiso de servicio. Desde 1974 fue investigador de proyectos, así como promotor y ejecutor de programas para el sector social y productivo de la sociedad.

La Universidad no solamente debe buscar el conocimiento científico sino que debe contribuir al bienestar colectivo.¹ [...] Para que la Universidad se incorpore al cambio y adquiera una función social en beneficio de la sociedad a la que pertenece, es imprescindible imbuir en la conciencia de los estudiantes, el espíritu del servicio social y una mística que los lleve a servir a sus semejantes como punto de partida y no como punto final de su tarea. No podemos permitirnos el estancamiento que se produce por la formación de profesionistas que egresan de la Universidad sin entender a la sociedad y que no están dispuestos a alcanzar beneficios colectivos¹. La Universidad es un factor primordial en el cambio social y el mejoramiento del pueblo.²

1. Mensaje al pueblo de Nuevo León del 29 de septiembre de 1971.

2. Mensaje a la comunidad universitaria del 18 de abril de 1972.



Lorenzo de Anda y de Anda

[18 de diciembre de 1972 - 15 de agosto de 1973]

(Nuevo Laredo, Tamaulipas, 1937). Obtuvo el título de abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Nuevo León. Cursó además la carrera de Administración de Negocios. Realizó su doctorado en derecho por la Universidad Central de Madrid, ahora Complutense, y en el Instituto de Derecho Comparado de Estrasburgo, Francia. Diplomado en Periodismo por la Escuela de Información de Madrid y en Derecho del Trabajo por las Universidades de Trieste, Italia, Moscú y Nueva York. Además de maestro universitario en la Facultad de Derecho, proporcionó apoyo académico a nivel de posgrado en universidades de distintos países. Como periodista se desempeñó como corresponsal de prensa en las Naciones Unidas, Rusia, España, Francia e Italia. Cuando acababa de publicar el libro *La mecánica de la intriga*, fue designado por la Junta de Gobierno rector de la Universidad. De diciembre de 1972 a agosto de 1973 logró tender puentes de comunicación entre los diversos factores ideológicos prevalecientes en el medio universitario, a fin de trabajar en un clima de paz para revitalizar las actividades académicas. Fue delegado de la Secretaría de Relaciones Exteriores en Monterrey en 1979, cónsul de México en Canadá en 1983, presidente de la Comisión de Derechos Humanos de Nuevo León, agregado diplomático, editorialista en distintos diarios de México y comentarista de radio y televisión. Lingüista con muchos años de experiencia en el español y en otras lenguas, ha escrito más de diez libros, entre otros: *La lógica del lenguaje español* y *El lenguaje inteligente*.

La vida universitaria reclama sacrificios y una voluntad transparente para servirla. Es necesario entender que una cosa es vivir para la Universidad y otra vivir de la Universidad.

“La UANL no debe ser trampolín político”, *El Porvenir*, Monterrey, 30 de julio de 1975, p. 1, segunda sección.



Genaro Salinas Quiroga

[Del 15 de agosto - 17 de octubre de 1973]

(Monterrey, Nuevo León, 1909). Su vocación como docente fue despertada entre 1923 y 1928 en las cátedras de los maestros más brillantes del Colegio Civil. Como heredero de ellos, y recién egresado de la Escuela Nacional de Jurisprudencia donde obtuvo su título de licenciado en Derecho en 1934, ingresó a la Universidad un año después de fundada. Fue maestro fundador de la Escuela Nocturna de Bachilleres en 1937, de la que fue director, así como de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales en forma interina, y del Colegio Civil de 1950 a 1956. Nunca dejó de asistir durante cincuenta años a sus clases en Leyes, a pesar de las exigencias de la función pública, pues llegó a ser secretario del Ayuntamiento de Monterrey, agente del Ministerio Público, juez de letras del ramo civil, diputado local y 17 veces gobernador interino del estado, al cubrir las ausencias de Raúl Rangel Frías en el periodo de 1955 a 1961. Fue rector de la Universidad en 1973. Autor, entre muchas obras, de *Las nuevas rutas del Derecho*, *Elocuencia nuevoleonense*, y *Reseña histórica de la UANL*. Recibió la Medalla “Alfonso Reyes”, el nombramiento de maestro emérito y el doctorado Honoris Causa en la Universidad Autónoma de Nuevo León; fue miembro de la Junta de Gobierno de 1974 a 1983. Asiduo colaborador de las publicaciones universitarias *Armas y Letras* y *Vida universitaria*. Falleció el 3 de octubre de 1999.

Una universidad es una comunidad de alumnos y maestros que conviven en un ambiente de enseñanza. El universitario, ya sea alumno o maestro, por sus estudios y preparación debe ser el hombre más responsable de un conglomerado humano, porque si la Institución no forma este tipo de hombres, no habrá cumplido cabalmente su destino. Las casas de estudios superiores deben contribuir a la formación de la conciencia social del educando y la ciencia que imparten debe ser enfocada como servicio social, esto es, como filosofía de orientación comunitaria en que prevalezca lo colectivo sobre lo individual.



Luis Eugenio Todd Pérez

[17 de octubre de 1973 - 10 de agosto de 1979]

(Monterrey, Nuevo León, 1934). Cursó la carrera de médico cirujano y partero en la Facultad de Medicina de la UNL de 1952 a 1959, en la que se graduó en 1960. Realizó su residencia en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición y el Hospital Infantil en la Ciudad de México, y continuó estudios de posgrado en las Universidades de Cornell, Washington y Georgetown, en Estados Unidos. Profesor universitario desde 1959 en distintas áreas de la ciencia médica en la Universidad. Fue director de la Facultad de Enfermería en 1968 donde creó la licenciatura en Enfermería, y director del Instituto de Investigaciones Científicas de 1969 a 1970. Fue rector de 1973 a 1979, en una etapa muy importante en la vida de la Universidad, pues le correspondió reencauzar su institucionalidad, fomentar la academia, la investigación y el deporte. Ocupó los cargos de jefe de los Servicios Coordinados de Salud Pública en Nuevo León de 1979 a 1982; diputado federal de 1982 a 1985; secretario de Educación y Cultura de Nuevo León de 1985 a 1988; subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica de la SEP de 1988 a 1991 y embajador de México ante la UNESCO de 1991 a 1994. Junto a su actividad científica, documentada en publicaciones nacionales y extranjeras, ha incursionado en el periodismo y el ensayo literario.

Creo en una Universidad multidisciplinaria, creo en una Universidad crítica, creo que la Universidad en muchos aspectos puede cambiar la estructura social del país, creo en la dialéctica como un instrumento de comunicación y creo en los organismos colegiados y en los principios democráticos para llegar a conclusiones que beneficien a la institución. [...] La Universidad debe enseñar el proceso democrático; pero también debe practicarlo. Sólo así, en el seminario de la praxis académica se forjarán los conceptos y las ideas que hagan de nuestros estudiantes futuros ciudadanos con formación democrática. [...] Educar para aprender es imperioso, pero también educar para individualizar es pre-requisito de la libertad, musa extraña que está integrada a todos los procesos del aprendizaje, pues depende de ellos y vive para darles a ellos la movilidad necesaria para su adaptación social.

De su toma de protesta como rector el 25 de octubre de 1973, Acta de Consejo Universitario No. 2, año 1973-1974, Monterrey.



Amador Flores Aréchiga

[10 de agosto - 12 de septiembre de 1979]

(Nuevo Laredo, Tamaulipas, 1933). Estudió en la Facultad de Medicina (1951-1957), maestro de la misma desde 1957 a la fecha. Jefe del departamento de Patología Clínica (1963-2003), responsable del Laboratorio de Análisis Clínicos del Hospital Universitario “Dr. José Eleuterio González”. Secretario General de la UANL (1979), director del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia de Nuevo León (1981-1983), jefe de los Servicios Coordinados de Salud Pública en el Estado de Nuevo León (1983-1985) y promotor del Programa de Salud Guadalupe, actual Centro Universitario de Salud, como una forma de enseñar la medicina mediante la atención directa a la comunidad; iniciativa que se consolidó con el apoyo de la Fundación W. K. Kellogg.

Entre tantas fortunas un día me tocó inscribirme en Salud Pública, debo decir que me trataron de disuadir, pero finalmente me recibieron y tuve una experiencia de volver a ser alumno, hasta me volví relajiento; y la experiencia más rica que he tenido en mi vida docente es aprender de mis ex-alumnos que me habían superado con creces y que me enseñaron mucho (...)

Debemos de decir que la Universidad es plural y que esta pluralidad está en su máxima expresión cuando va junto con la tolerancia; creo que se ha forjado a lo largo del tiempo una Universidad vigorosa y que estamos orgullosos de pertenecer a ella (...)

Sus palabras durante un homenaje a su carrera.



Alfredo Piñeyro López

[12 de septiembre de 1979 - 12 de septiembre de 1985]

(Anáhuac, Nuevo León, 1936). Médico cirujano y partero graduado en la Facultad de Medicina, iniciando su labor docente en el Departamento de Fisiología en 1959, para luego fundar el Departamento de Farmacología al año siguiente. Realizó su formación en Toxicología en la Universidad de Tubinga, en Alemania Occidental, de 1963 a 1965; a su regreso fue nombrado jefe del Departamento de Toxicología, y en 1973 también de Farmacología. Fue miembro de la primera Junta de Gobierno, de 1971 a 1975, a cuya desaparición se opuso cuando fue ordenada en 1972 por el Consejo Universitario. Director de la Facultad de Medicina en dos ocasiones, de 1977 a 1979 y de 1986 a 1992, periodos de crecimiento académico y material de la dependencia. Como rector en el periodo 1979-1985 supo orientar el rumbo de una institución que salía de una etapa difícil en su historia, para encaminarla por el sendero de la investigación, elevación de la enseñanza e inserción social. Impulsó la formación de personal académico en el extranjero, la creación de la Unidad Linares con las facultades de Ciencias de la Tierra y Ciencias Forestales y los estudios de doctorado. Fue uno de los investigadores más prestigiados de la institución y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SIN). Falleció en Monterrey en 2009.

La educación superior sólo es posible que ocurra con condiciones de una libre decisión de hacerlo por parte de aquellos que en un momento dado participan en el fenómeno educativo, y que ésto rendirá sus mejores frutos si existe una fuerte compenetración existencial con los problemas individuales y colectivos de la vida diaria. Las carreras satisfagan, por una parte las necesidades espirituales y de conocimiento de los participantes del fenómeno educativo -Profesores y Estudiantes- y que al mismo tiempo resuelvan los problemas tanto individuales como colectivos que tuvieran los receptores del quehacer Universitario.

Esbozo del Plan de Trabajo propuesto ante la Junta de Gobierno, 1979-1982.



Gregorio Farías Longoria

[12 de septiembre de 1985 - 12 de septiembre de 1991]

(Matamoros, Tamaulipas, 1941). Ingresó a la Facultad de Ingeniería Civil, y obtuvo su título de ingeniero civil en 1966. Cursó la especialización en Mecánica de Suelos en la Universidad Nacional Autónoma de México, y realizó cursos de ingeniero geólogo en la misma casa de estudios. Fue maestro auxiliar en la Facultad de Ingeniería Civil desde 1963 y maestro titular desde 1969. Contribuyó a equipar el Departamento de Geología con máquinas perforadoras y logró un desarrollo importante de la especialización en el estado. Fue catedrático y director de la Facultad de Ciencias de la Tierra. Fue designado rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León para el periodo 1985-1991. Director nacional del Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (Capfce) y director general del Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica (Conalep). Secretario de Obras Públicas en el municipio de Guadalupe. Miembro del Consejo Consultivo de la UANL y de la Facultad de Ingeniería Civil.

La materia prima de la Universidad son los estudiantes, y los maestros los forjadores de esa parte de nuestro pueblo cada vez más numerosa y más comprometida ante un futuro fuertemente cargado de incertidumbre, por lo que la docencia debe contener una fuerte dosis por ambas partes: maestros y alumnos de amor a la verdad, valores universales, disciplina cívica, información científica y tendencia a la innovación, haciéndose necesario instrumentar métodos para formar, capacitar y autorizar a nuestro personal docente, informar y orientar a los estudiantes respecto a los recursos y necesidades de la nación, que serán los caminos del futuro (...)

La Universidad no puede estar desvinculada de la realidad social en que vivimos, ni permanecer ajena a los planes nacionales; debe estar articulada con los esfuerzos de nuestro gobierno sin perder su iniciativa, originalidad, libertad de cátedra e investigación y sobre todo su capacidad crítica, ejerciendo su autonomía con respeto y en un marco armónico con la sociedad a la que sirve y que la sostiene por considerar que su mejor inversión y legado es la educación.

Discurso de su toma de protesta como rector, el 12 de septiembre de 1985.





Manuel Silos Martínez

[12 de septiembre de 1991 - 1 de febrero de 1996]

(Matamoros, Tamaulipas, 1951). Egresado de la Facultad de Economía de la UANL en julio de 1973, se tituló con la tesis *Estimación de un modelo de demanda de trabajo bajo expectativas racionales. El caso de la industria cervecera, en 1979*. Fue director del Centro de Investigaciones Económicas (CIE), desde donde colaboró en el esfuerzo para brindar estudios y estadísticas sobre el mercado de trabajo en el área metropolitana de Monterrey. Fue director de la Facultad de Economía de octubre de 1983 a octubre de 1989, y en septiembre de 1991 fue designado rector de la Universidad. Durante su periodo, que concluyó en enero de 1996, impulsó, entre otros, el Programa de Mejoramiento Académico, que inició con la aplicación del concurso de admisión y la eliminación de la “N” oportunidad de examen. Inició el renuevo académico en las carreras técnicas de la Escuela Industrial y Preparatoria Técnica “Álvaro Obregón”, y su nuevo edificio.

Los universitarios queremos contribuir al fortalecimiento del País y a la recuperación de un crecimiento justo y sostenido. [...] La tarea de maximizar la contribución que los universitarios realizamos al crecimiento del País y a incrementar el bienestar de los mexicanos debe surgir, como hasta ahora, de una concertación de donde surjan compromisos. Compromisos de los docentes por adquirir y actualizar conocimientos y técnicas de enseñanza; por entregar en cada clase lo mejor de sí mismo; por investigar, discutir, enriquecer y generar conocimiento, cumpliendo entusiastamente con sus obligaciones laborales y sociales. Compromisos de los estudiantes por adquirir, analizar, transmitir y crear conocimientos; por esforzarse cada día en ser mejores; por aprovechar a cada instante la disponibilidad de recursos físicos y humanos que les brinda la sociedad a través de la Universidad; por responder a la confianza que deposita en ellos su familia.

Compromisos de la administración por proveer el ambiente y, con el apoyo de todos, buscar los estímulos necesarios para que se genere y transmita el conocimiento científico, que es la base del crecimiento en el bienestar de un país.

Discurso de la toma de protesta del 12 de septiembre de 1991.



Reyes S. Tamez Guerra

[1 de febrero de 1996 - 30 de noviembre de 2000]

(Monterrey, Nuevo León, 1952). Químico bacteriólogo parasitólogo por la Facultad de Ciencias Biológicas de la UANL. Realizó sus estudios de maestría y doctorado en Ciencias con especialidad en Inmunología en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, y posteriormente en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Zaragoza, de la UNAM; y su estancia posdoctoral en el Instituto de Cancerología e Inmunogenética en Villejuif, Francia. A principios de 1980, obtuvo el nombramiento de profesor titular en la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad. Además, se desempeñó como jefe del Departamento de Microbiología e Inmunología, coordinador de carrera, secretario académico y director. Fue secretario general y rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León de 1996 a 2000, periodo en que dotó a la institución del plan estratégico Visión UANL 2006, tendente a ubicarla en los más altos estándares de calidad en México. Fue secretario de Educación Pública durante el gobierno del presidente Vicente Fox, y secretario de Educación en Nuevo León. Ha recibido, por la calidad de sus trabajos, una de las más altas categorías dentro del Sistema Nacional de Investigadores. Colaborador en publicaciones nacionales e internacionales y miembro de importantes sociedades científicas.

Un mañana luminoso para la Patria se construye aquí y ahora, en cada aula, en cada taller y laboratorio, en cada programa que asegure una vinculación real y efectiva entre la sociedad y la Universidad, en cada oportunidad de extender y difundir la cultura de nuestro entorno. La tarea universitaria debe tener como sólido cimiento los más nobles y profundos valores humanos para lograr forjar con éxito mujeres y hombres –ciudadanos– más responsables, más justos, más solidarios, más democráticos, generosamente comprometidos en alcanzar para nuestra Nación un desarrollo sustentable que, comprendiendo todas las dimensiones fundamentales de la existencia, consolide la evaluación transformadora que le permita a México colocarse entre las naciones más competitivas del mundo.

De su discurso del 20 de diciembre de 2000.



Luis J. Galán Wong

[30 de noviembre de 2000 - 19 de diciembre de 2003]

(Múzquiz, Coahuila, 1952). Químico bacteriólogo parasitólogo por la Facultad de Ciencias Biológicas de la UANL en 1974. Comenzó su servicio docente en la Universidad como profesor titular de Microbiología Industrial en 1975 y fue fundador del Departamento de Microbiología e Inmunología. Cursó la maestría en Ciencias con especialidad en Microbiología Industrial de 1974 a 1976, y el doctorado en Ciencias con especialidad en Microbiología en 1993. Fue coordinador de la carrera de químico bacteriólogo parasitólogo de 1981 a 1984; director de la Facultad de Ciencias Biológicas de 1983 a 1989; jefe del Departamento de Microbiología e Inmunología en 1990; miembro de la Comisión Académica del Consejo Universitario por doce años; miembro de la H. Junta de Gobierno de 1994 a 1996; secretario general de la UANL de 1996 a 2000 y rector en el periodo 2000-2003 en el que impulsó, dentro del marco de la planificación institucional, el proyecto “Educación para la vida”. Como investigador consolidó un grupo y una línea de trabajo pionera a nivel nacional e internacional, relacionada con el *Bacillus thuringiensis*. Ha recibido numerosos reconocimientos y distinciones por sus logros y aportaciones, en su actividad estudiantil, docente y de investigación.

La educación debe ser vista como un modelo de vida; como una forma de alcanzar los anhelos más altos que dignifiquen al ser humano. Estamos convencidos de que el más grande y caro de los legados que las sociedades pueden otorgar a sus hijos, es la educación. Educación que les permita engrandecer el conocimiento e impulse el espíritu hacia horizontes de paz y de servicio. Esta época de constante transformación, en la que el conocimiento ha adquirido nueva relevancia como herramienta de poder y de progreso, obliga a que las instituciones de Educación Superior se conviertan en los ejes generadores del pensamiento creativo e innovador. [...] El ser y el deber ser de nuestra Máxima Casa de Estudios yace en su pasión por la verdad, en la generación de conocimiento y en compartir éste con la comunidad. La fortaleza de las instituciones universitarias, al igual que en el roble, radica en el vigor y profundidad de sus raíces y no en las ramas y follaje. Veo a nuestra Universidad como un río de caudales impetuosos y remansos de paz. Nosotros somos ese río continuo de aguas eternas y a la vez renovadas a cada instante. [...] Una institución forjadora de hombres y mujeres que desarrollan las habilidades y destrezas de aprender a aprender, a ser, a conocer, hacer y servir.



José Antonio González Treviño

[20 de diciembre de 2003 - 3 de octubre de 2009]

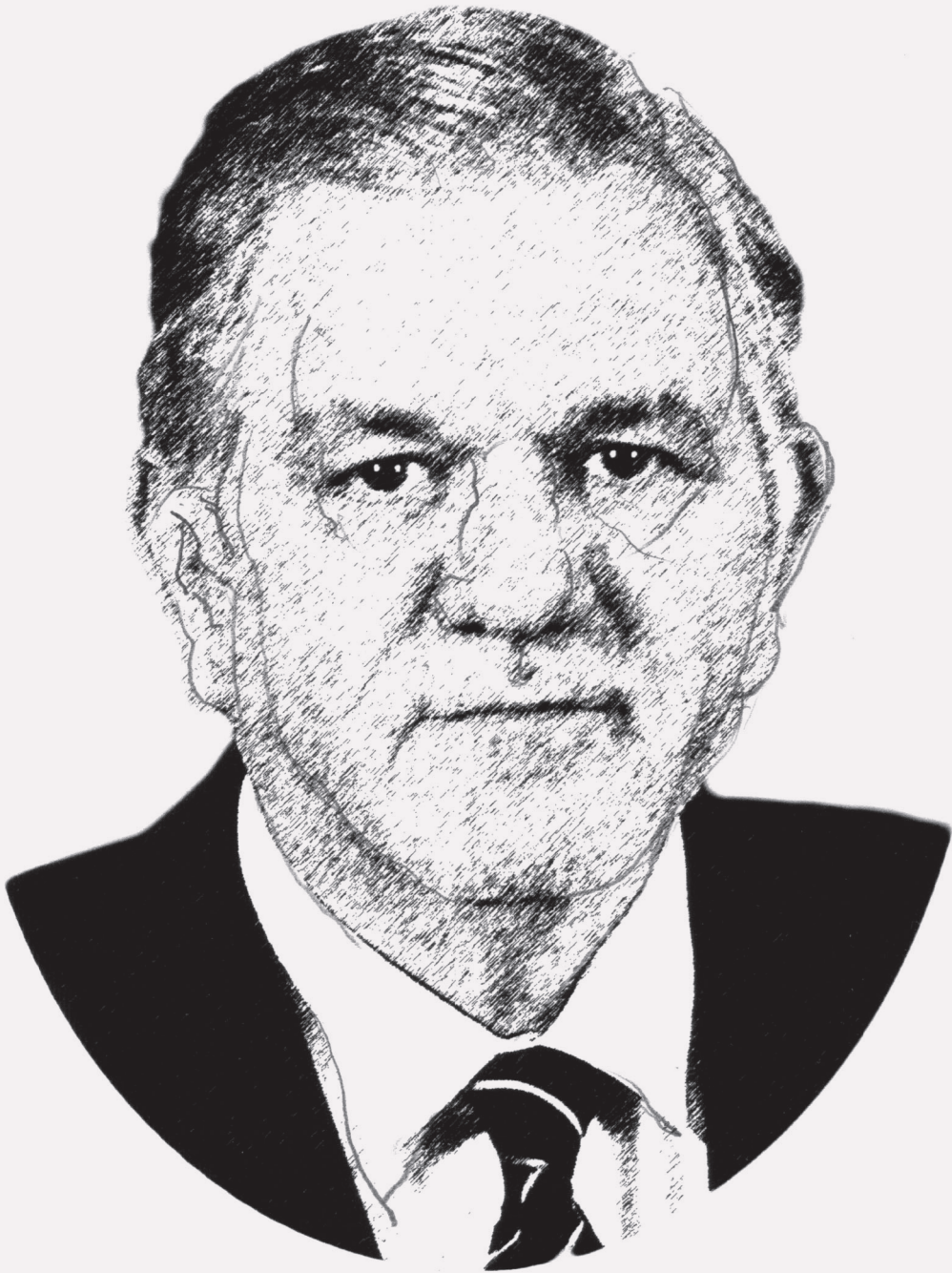
(Monterrey, Nuevo León, 1951). Realizó la carrera de ingeniero mecánico administrador en la Facultad de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, obteniendo su título el 10 de junio de 1976. Posteriormente estudios de maestría en Ciencias de la Administración, con especialidad en Producción y Calidad. Inició en la docencia en 1973, en la misma facultad en la que se destacó su labor como secretario administrativo (1978-1990) y director (1990–1996). Durante estos años presidió el Comité Doctoral y fue miembro de la Comisión Académica del H. Consejo Universitario de la UANL. Se desempeñó como secretario académico (1996-2000) y secretario general (2000-2003), labor que le permitió tener la experiencia y conocimiento de la institución para, luego, ser electo rector (2003-2009). Entre otras distinciones, ha sido presidente del Consejo Regional Noreste de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) del 2004 al 2008, así como secretario de Educación en el estado de Nuevo León (2009).

La Universidad, patrimonio valioso de nuestra comunidad, fuente de saber, cultura y oportunidades para quienes tienen deseos legítimos de superación, institución que ha dotado a la sociedad de hombres y mujeres que con su inspiración han esculpido la obra sobre la que se ha edificado la grandeza de este gran estado de Nuevo León, tiene sentido, vida, rumbo y dirección. Les prometo conducirla con renovadas energías hacia la visión que nuestra comunidad le ha proyectado, con la colaboración generosa de todos los que la conformamos.

Los universitarios tienen puesta su visión en un mañana prometedor, en el que quieren forjar la prosperidad y la equidad que le deben a su nación. Pero esa vocación de futuro no se olvida ni por un momento, del legado humanista de la Universidad. Esta sigue siendo la universidad de Alfonso Reyes, José Eleuterio González, Raúl Rangel Frías, Francisco Zertuche, Agustín Basave y tantos otros que la concibieron, la modelaron y le ofrendaron su vida y talento para darle el reconocimiento social del que hoy goza.

La universidad de las *Armas y las Letras*, de *Humanitas* y la Escuela de Verano. Del buen teatro, la buena pintura y la buena música. De esa amalgama de futuros tecnólogos con raíces humanistas, surge una universidad sólida en su historia, audaz en su búsqueda de un mundo mejor para todos los mexicanos del siglo XXI.

De su toma de protesta como rector.



Jesús Ancer Rodríguez

[28 de octubre de 2009 - 27 de octubre de 2015]

(Monterrey, Nuevo León, 1952). Hizo sus estudios en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) como médico cirujano y partero. Posteriormente hizo una especialización en Anatomía Patológica en el Hospital Universitario “Doctor José Eleuterio González” de esta institución. Doctor en Medicina por la misma instancia universitaria, y doctor en Anatomía Patológica por la Universidad Autónoma de Madrid, España. Forma parte de consejos e instituciones nacionales e internacionales en el ámbito de la investigación médica. Al interior de nuestra Máxima Casa de Estudios ha sido profesor de tiempo completo, subdirector y director de la Facultad de Medicina y el Hospital Universitario “Doctor José Eleuterio González”. Fungió también como secretario general de la Universidad y por su historia académica personal y su loable labor de servicio a la institución, estuvo al frente de la Rectoría durante el período 2009-2015. A partir del año 2016 se desempeña como secretario del Consejo de Salubridad General en la nación.

El compromiso de la Universidad Autónoma de Nuevo León para con los nuevoleonenses se concentra en el poder transformador de la educación como clave del progreso, somos el centro de pensamiento que debe fundamentar las políticas públicas, el desarrollo sostenible y la democracia basada en genuinos cambios estructurales que busquen la justicia social. Esta universidad está en el corazón de Nuevo León, en cada casa hay un libro que es hojeado en nuestras aulas, un título que pende de una pared que es el orgullo de los padres, en cada empresa un directivo, un operario, que se forjaron en esta casa de estudios, en cada institución de educación superior del Estado colaboran también egresados nuestros, en cada hospital atiende el equipo de salud formado con el espíritu universitario.

Discurso ante la sesión solemne del 27 de octubre de 2015.



Rogelio Garza Rivera

[27 de octubre de 2015 -]

(Reynosa, Tamaulipas, 1951). Ingeniero mecánico electricista por la Facultad de Ingeniería Mecánica y Eléctrica de la Universidad Autónoma de Nuevo León desde 1974, contando además con una maestría en Enseñanza de las Ciencias con especialidad en Física por la Facultad de Filosofía y Letras de la misma institución. Fue director de la Facultad de Ingeniería Mecánica y Eléctrica entre los años 2002-2008. Por su destacada gestión académica al frente de FIME, le fue concedido en el año 2004 el doctorado Honoris Causa por el Consejo Iberoamericano en Honor a la Calidad Educativa, en Lima, Perú. En 2009 se convirtió en el director general del Centro de Innovación, Investigación y Desarrollo en Ingeniería y Tecnología de la UANL. Por su labor en el ámbito de la ciencia, la tecnología y su elevado perfil humanista, llegó a la Secretaría General de la Universidad, en la que estuvo al frente del 2009 al 2015. Desde el año 2015, y con más de 40 años de servicio a la Universidad, se convirtió en rector de nuestra Máxima Casa de Estudios.

Tenemos que ofrecer educación media superior y superior a todos los jóvenes que deseen cursar estudios universitarios con criterios de calidad, inclusión, equidad y respeto a los derechos humanos. La obligación es mayor con los más vulnerables porque acceder a una educación universitaria es el mejor medio para abatir la pobreza y la desigualdad, impulsar el desarrollo personal y construir una sociedad mejor. Al respecto me permito citar las palabras de Nelson Mandela: “La educación es el gran motor del desarrollo profesional. Es a través de la educación como la hija de un campesino puede convertirse en médico, el hijo de un minero puede convertirse en el jefe de la mina, o el hijo de trabajadores agrícolas puede llegar a ser presidente de una gran nación”. Ratifico mi compromiso con la universidad pública y con los fines de una institución socialmente responsable de clase mundial que educa para transformar y se transforma para trascender.

Discurso de su toma de protesta, sesión solemne del 27 de octubre del 2015.

Índice

<i>Mensaje del rector</i>	9
<i>Palabras finales de un rector</i> / Raúl Rangel Frías	11
<i>Universidad, jóvenes y maestros</i> / José Alvarado	17
Pedro de Alba	21
Héctor González	23
Ángel Martínez Villarreal	25
Gregorio Morales Sánchez V.	27
Enrique C. Livas Villarreal	29
Antonio Moreno Garza	31
Octavio Treviño Cavazos	33
Raúl Rangel Frías	35
Roberto Treviño González	37
Roque González Salazar	39
Joaquín Antonio Mora Alvarado	41
José Alvarado Santos	43
Alfonso Rangel Guerra	45
Eduardo L. Suárez Galindo	47
Eduardo A. Elizondo Lozano	49
Nicolás Treviño Navarro	51
Héctor Fernández González	53
Enrique Martínez Torres	55
Oliverio Tijerina Torres	57
Manir González Martos	59
Arnulfo Treviño Garza	61
Héctor Ulises Leal Flores	63
Lorenzo de Anda y de Anda	65
Genaro Salinas Quiroga	67
Luis Eugenio Todd Pérez	69
Amador Flores Aréchiga	71
Alfredo Piñeyro López	73
Gregorio Farías Longoria	75
Manuel Silos Martínez	77
Reyes S. Tamez Guerra	79
Luis J. Galán Wong	81
José Antonio González Treviño	83
Jesús Ancer Rodríguez	85
Rogelio Garza Rivera	87



La Universidad Autónoma de Nuevo León y sus rectores, se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2018, en los talleres de Serina Impresos, S.A. de C.V. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Dirección Editorial Universitaria UANL. En su composición se utilizó la fuente Bodoni MT de 30, 22, 16, 13, 11, 10 y 9 puntos. Formación electrónica por Francisco Javier Galván Castillo.



LIBROS UANL

LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN Y SUS RECTORES

“En esta cuadrícula de nuestro viejo patio del Colegio Civil del Estado, he venido a pronunciar mis palabras de despedida; se dice despedida con fácil naturalidad; ¿podré yo despedirme de la Universidad de Nuevo León? ¿Podrá ser cierto que en esta noche yo haya venido a despedirme de esta juventud generosa, de estos maestros abnegados, de esta Casa que es mi vida? En medio de esta noche magnífica mienten las estrellas si responden que yo me voy a despedir de la Universidad de Nuevo León. Podrá existir en términos generales, una distancia, podrá en el tiempo establecerse un cierto olvido; pero hay en la esencia misma de la vida cosas eternas y definitivas y con esas cosas eternas y definitivas yo estoy solemnemente enlazado. Y esto que declaro hoy es la confesión del estudiante de ayer, del incipiente maestro de apenas hace poco y del rector que fue vuestro amigo, enlazado en forma tal a su propia Casa, que sólo destruyéndose su vida podría derrumbarse su fe y su esperanza en la Universidad...”

Raúl Rangel Frías

ISBN 978-607-27-0937-9



9 786072 709379



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL



CDyAH-UANL